

Grado en Sociología

Título: Hiroshima o: Cómo aprendí a dejar de preocuparme y amar la bomba

Autoría: Raúl Haro Ojeda

Tutoría: Félix Ovejero Lucas

Departamento: Departamento de Sociología

Curso académico: 2024-2025



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Facultat d'Economia
i Empresa

RESUMEN

El uso de las bombas atómicas marcó un antes y un después en la historia de la humanidad. Los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki fueron el inicio de la era nuclear, generando un debate internacional respecto a sus efectos sobre población civil y sobre la moralidad del uso de armas nucleares, cuyas implicaciones siguen siendo relevantes hoy en día y están presentes en las discusiones sobre desarme nuclear. El presente trabajo examina los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki mediante el análisis crítico tanto de la versión oficial como de las versiones de la historiografía revisionista. Analizaremos los hechos que precedieron a los bombardeos atómicos, las reacciones del público estadounidense, las justificaciones políticas que ofreció el gobierno norteamericano, la construcción de una narrativa que hoy en día sigue vigente y el papel de las bombas atómicas en la creación del Japón moderno.

Palabras clave: Bomba atómica; narrativa; justificación militar; diplomacia; discurso oficial; Hiroshima; Imperio japonés; opinión pública.

SUMMARY

The use of atomic bombs marked a before and after in human history. The bombings of Hiroshima and Nagasaki were the beginning of the nuclear age, generating an international debate regarding its effects on the civilian population and on the morality of the use of nuclear weapons, the implications of which remain relevant today and are present in debates on nuclear disarmament. This project examines the bombings of Hiroshima and Nagasaki through critical analysis of both the official version and the versions of revisionist historiography. We will analyze the events that preceded the atomic bombings, the reactions of the American public, the political justifications offered by the American government, the construction of a narrative that is still valid today and the role of the atomic bombs in the creation of modern Japan.

Keywords: Atomic bomb; narrative; military justification; diplomacy; official discourse; Hiroshima; Japanese Empire; public opinion.

ÍNDICE

1.INTRODUCCIÓN	5
2. CONTEXTO HISTÓRICO.....	8
2.1 La conferencia de Yalta	8
2.2 El gobierno japonés.....	8
2.3 Truman, el nuevo presidente de los Estados Unidos	9
2.4 La prueba Trinity.....	10
2.5 La misión diplomática japonesa.....	10
2.6 La conferencia de Potsdam	11
2.6.1. Potsdam y la rendición incondicional japonesa	12
2.6.2. La declaración de Potsdam.....	14
2.7 Los bombardeos atómicos y la entrada soviética en la guerra.....	16
2.8 El emperador interviene por primera vez	18
2.9 Estados Unidos recibe la rendición japonesa	18
2.10 El emperador interviene por segunda vez.....	19
2.11 El final de la guerra.....	20
3. REACCIONANDO A HIROSHIMA.....	21
3.1 De Seversky y las pruebas de Bikini Lagoon	24
4.“HIROSHIMA” DE JOHN HERSEY	26
5. LA CREACIÓN DE UN MITO.....	29
5.1 “Si la bomba atómica no se hubiera usado” de Compton.....	29
5.2 “La decisión de usar la bomba atómica” de Stimson.....	30

5.3 "The Beginning or The End"	31
5.4 La consolidación del mito	32
6. CONTRADICCIÓN ENTRE NARRATIVAS	34
6.1 La rendición japonesa y las bombas.....	34
6.1.1 El discurso japonés y la posguerra.....	37
6.2 La invasión estadounidense y el discurso oficial	38
6.3 Una opción diferente	40
CONCLUSIONES.....	41
BIBLIOGRAFÍA.....	43

1.INTRODUCCIÓN

El 6 de agosto de 1945, la ciudad japonesa de Hiroshima se convirtió en el epicentro de un acontecimiento que marcaría para siempre la historia del siglo XX: el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre población civil. Este ataque, llevado a cabo por los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, no solo alteró el curso del conflicto, sino que inició una nueva era de la humanidad caracterizada por la posibilidad del uso de la energía nuclear con fines bélicos y por la potencial capacidad de autodestrucción.

El bombardeo de Hiroshima es uno de los eventos más controvertidos y debatidos en la historia moderna, pues plantea preguntas fundamentales sobre la ética de la guerra, los límites de la ciencia y la tecnología, y las repercusiones de las decisiones políticas y militares en la vida de millones de personas.

Desde el lanzamiento de la bomba sobre Japón, los gobiernos de Estados Unidos han presentado su versión de los hechos relacionando el uso de esta nueva arma con el contexto de 1945. Según el discurso estadounidense, hacia finales de la guerra pese a estar totalmente derrotados militarmente, Japón se negaba a negociar una salida del conflicto. Sus líderes, cegados por el nacionalismo, se habían comprometido a luchar hasta el final en defensa del Imperio japonés y del emperador. Dichos líderes, sin ningún tipo de empatía por su población, se estaban preparando para utilizar civiles escasamente armados para combatir una invasión americana. A causa de esto, el entonces presidente Harry S. Truman y el resto del gobierno estadounidense se toparon con una decisión difícil: podían decidir invadir Japón, algo que alargaría la guerra y acabaría con más de un millón de vidas humanas según sus estimaciones, o podían utilizar una nueva arma hasta entonces secreta, la bomba atómica, que forzaría a los japoneses a rendirse. Dada las circunstancias y tras mucho meditarlo, el gobierno estadounidense decidió lanzar dos bombas sobre Japón, siendo conscientes de que, a la larga, las muertes provocadas por estas dos bombas serían mucho menores que las provocadas por una invasión terrestre. Cuando se usaron las bombas, pese a ser golpeados por el arma más destructiva jamás vista, los militares del gobierno japonés seguían decididos a luchar hasta el final. Fue necesaria la intervención del emperador Hirohito, algo sin precedentes, para obligar a los miembros del ejército a firmar una rendición.

Esta versión presenta la decisión de usar las bombas como la elección de un mal menor. Expuesto de esta manera la opción del bombardeo era lo correcto, e incluso moral, cuando lo comparamos con una alternativa mucho peor. Puede ser que la destrucción de dos ciudades sea algo horrible, pero si la otra elección lleva a un alargamiento de la guerra en la cual morirán muchas más personas, las bombas se convierten en algo aceptable y, sobre todo, justificable.

No obstante, en sus memorias, William D. Leahy, primer almirante de la marina estadounidense y jefe de Estado mayor, escribe: “En mi opinión, el uso de esta bárbara arma

en Hiroshima y Nagasaki no fue de ninguna ayuda material en nuestra guerra contra Japón. Los japoneses ya estaban derrotados y listos para rendirse” (Leahy, 1950, p. 441).

A Leahy se le sumaría Chester Nimitz, comandante de la flota estadounidense en el pacífico, que en un discurso en octubre de 1945 dijo: “De hecho, los japoneses ya habían pedido la paz. La bomba atómica no jugó ningún papel decisivo, desde un punto de vista puramente militar, en la derrota de Japón” (Freeman, 2005).

También Dwight Eisenhower, comandante supremo aliado en el frente occidental y, posteriormente, presidente de los EEUU: "los japoneses estaban listos para rendirse y no era necesario golpearlos con esa cosa horrible" (Newsweek,1963). Posteriormente, en sus memorias, mencionó una conversación que tuvo con el secretario de guerra Henry Stimson antes del uso de las bombas:

“Le expresé mis graves dudas, primero sobre la base de mi creencia de que Japón ya estaba derrotado y que el lanzamiento de la bomba era totalmente innecesario, y segundo porque pensaba que nuestro país debía evitar el choque a la opinión pública mundial por el uso de un arma cuyo empleo, pensaba, ya no era indispensable como una medida para salvar vidas estadounidenses» (Eisenhower, 1956).

Todos los citados estuvieron involucradas en la Segunda Guerra Mundial desde posiciones de poder políticas y/o militares. Que en vez de ver las bombas como un mal menor, consideraron su lanzamiento desde algo innecesario a un crimen sin justificación moral. Es decir, si estas personas dicen la verdad, el discurso estadounidense es falso, o como mucho, solo parcialmente verdadero.

El trabajo parte de la hipótesis de que las bombas no provocaron de manera directa la rendición de Japón y la principal causa del fin de la guerra fue la declaración de guerra soviética y la voluntad estadounidense de mantener al emperador en el poder.

Con el objetivo de descubrir si esta hipótesis es cierta, este Trabajo de Fin de Grado examinará el contexto histórico que precedió al ataque, las reacciones del pueblo norteamericano, las justificaciones políticas que ofreció el gobierno estadounidense, la construcción de una narrativa que hoy en día sigue vigente y el papel de las bombas atómicas en la creación del Japón moderno. Finalmente, en el apartado de conclusión analizaremos todo lo mencionado previamente para exponer las posibles razones que llevaron al uso de la bomba, y las consecuencias a corto y largo plazo.

Metodología y fuentes

Pese a tener un fuerte contenido historiográfico, este trabajo analiza lo ocurrido desde una perspectiva sociológica, estudiando elementos culturales, sociales y políticos tales como el concepto de raza, el nacionalismo, la sed de venganza, la toma de decisiones, la construcción de la narrativa y la búsqueda de legitimidad política.

A través de un análisis detallado recurriendo a multitud de bibliografía se busca comprender no sólo los aspectos históricos del bombardeo, sino cómo se forjó el relato tal y como lo conocemos y cómo difiere de lo sucedido. Para ello se recurre tanto al estudio de autores que defienden la versión oficial como a autores revisionistas tales como Michael Yavenditti, Tsuyoshi Hasegawa y Gar Alperovitz entre otros. A su vez, con el deseo de evitar interpretaciones erróneas provenientes de fuentes secundarias, recurriremos a fuentes primarias en la medida de lo posible. Analizando tanto las declaraciones oficiales como las no oficiales, vertidas por mandos involucrados en la contienda a fin de sacar nuestras propias conclusiones.

El trabajo está estructurado en dos bloques. En el primer bloque en el que se hace una presentación histórica de los hechos dando voz a todos los actores involucrados y recurriendo a fuentes primarias. Mientras tanto, en el segundo bloque se analiza mediante diversas fuentes lo explicado previamente para determinar cómo difiere la versión oficial de lo ocurrido realmente.

Por último, después de examinar todos los hechos, expondremos las conclusiones a las que hemos llegado y comprobaremos si la hipótesis es cierta.

Motivación del tema elegido

La motivación para realizar este trabajo sobre los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki radica en mi experiencia personal vivida durante el tiempo que residí en Japón. Esta experiencia me permitió conocer con mayor profundidad la historia reciente del país y entender cómo las bombas atómicas dieron forma al Japón moderno. Además, a la hora de querer informarme sobre estos eventos siempre encontré multitud de discursos, muy distintos entre sí, sobre las razones que llevaron al uso de estas armas, lo que hizo que me interesara por investigar sobre ello.

2. CONTEXTO HISTÓRICO

2.1 La conferencia de Yalta

A principios de 1945 la Alemania Nazi se encontraba en sus últimos momentos, con las tropas soviéticas empujando por el Este y el resto de los Aliados por el Oeste. El fin del Tercer Reich parecía inevitable. En este contexto se celebra la convención de Yalta que, entre el 4 y el 11 de febrero, reunió a Iosif Stalin, Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill, los mandatarios de la URSS, los EEUU y el Reino Unido respectivamente.

El objetivo principal de esta conferencia era discutir el nuevo orden europeo que se establecería al finalizar la guerra. Roosevelt también aprovechó para discutir una posible entrada soviética en el frente del pacífico. Se acordó que el ejército rojo atacaría Manchuria, entrando así en guerra con Japón, tres meses más tarde de la rendición alemana. A cambio, la Unión Soviética recibiría los territorios perdidos en la guerra rusojaponesa de 1905 y las islas Kuriles. El acuerdo no se llegó a publicar en la declaración de Yalta quedando en secreto entre los gobiernos aliados (Ryotaro, 2022). Esto se debió a que años atrás el Imperio Japonés y la Unión Soviética habían firmado un pacto de no agresión que seguía vigente y Stalin no quería enemistarse con Japón antes de terminar la guerra en Europa y mover todas las tropas necesarias hacia el este del país.

2.2 El gobierno japonés

Mientras tanto en Japón, el gobierno encabezado por el emperador Hirohito y el Consejo Supremo para la dirección de la Guerra era consciente de su incapacidad para ganar la guerra. Ante esta situación su principal objetivo pasó a ser conseguir una paz negociada con los EEUU sin tener que verse obligado a firmar una rendición incondicional que pusiera en problemas al emperador al poder ser apresado e incluso ejecutado. Dicho consejo formado por seis miembros estaba dividido en dos facciones.

La primera facción denominada como la facción militarista o la línea dura del gobierno estaba formada por el ministro de Guerra Korechika Anami, el jefe del Estado Mayor del Ejército Yoshijirō Umezū y el jefe del Estado Mayor de la Armada Toyoda Soemu. El plan que este grupo defendía era rechazar la rendición incondicional que Estados Unidos demandaba y esperar a una invasión aliada de la isla principal del país. Una vez ocurriera esto el objetivo era hacer la guerra lo más costosa posible para los estadounidenses, que además de luchar contra el ejército japonés también tendrían que enfrentarse a la población civil previamente armada

como ya había ocurrido en la batalla de Okinawa, la batalla más sangrienta del Pacífico. La facción militar del consejo confiaba en que una guerra tan dura y con tantas bajas forzaría al gobierno de los Estados Unidos a buscar un fin de la guerra mediante la mediación, en la cual el Imperio Japonés exigiría mantener las colonias restantes en Asia, que no hubiera una ocupación del país durante la posguerra, que toda la cúpula militar y el emperador fueran perdonados por los crímenes de guerra cometidos por el ejército japonés y que Hirohito se mantuviera en el poder y la institución imperial siguiera rigiendo el país sin sufrir ninguna modificación.

La segunda facción era conocida comúnmente como los moderados o la facción de la paz, estaba formada por el primer ministro Kantaro Suzuki, el ministro de Exteriores Shigenori Togo y el ministro de la Armada Mitsumasa Yonai. La única demanda de esta facción era que el emperador no fuera juzgado por crímenes de guerra y que siguiera gobernando el Japón de posguerra, mientras se cumpliera esta condición, aceptarían cualquier salida de la guerra. Los moderados, contando con el pacto de neutralidad firmado entre la URSS y el Imperio Japonés en 1941, tenían la esperanza de que la Unión Soviética accedería a mediar entre ellos y los Estados Unidos a cambio de diversas concesiones territoriales. Para ello, Togo contactó con el embajador del Imperio Japonés en la URSS, Naotake Sato, para que hiciera saber al gobierno soviético de las intenciones del país nipón de buscar una paz negociada. Sato respondió a los telegramas del ministro de exteriores japonés describiendo la falta de interés que mostraba Molotov, su homólogo soviético, a las propuestas japonesas y de cómo, en su opinión, era cuestión de tiempo que Japón aceptara una derrota incondicional. Togo decidió ignorar el punto de vista de Sato y se limitó a recordarle cuáles eran sus órdenes.

Por lo tanto, pese a coincidir en el objetivo de intentar mantener al emperador a toda costa, ambas facciones tenían diferencias a la hora de planear cómo conseguir esto y sí exigir o no mejores condiciones. Estas diferencias llevarían al consejo a múltiples bloqueos a lo largo de 1945.

2.3 Truman, el nuevo presidente de los Estados Unidos

El 12 de abril de 1945 fallece el presidente de los Estados Unidos Franklin D. Roosevelt a causa de una hemorragia cerebral. Horas más tarde, Harry S. Truman jura el cargo en sustitución de Roosevelt.

La primera acción de Truman fue destituir a Stettinius, secretario de Estado bajo el expresidente, y colocar en su lugar a James F. Byrnes. Este cambio en el gobierno del país supuso la toma de poder de una línea mucho más dura con la Unión Soviética, a la cual

consideraban el gran beneficiado de la conferencia de Yalta a causa de la gran cantidad de concesiones que se le habían hecho a Stalin.

Estas concesiones provocaron que, tras la rendición de la Alemania Nazi el 7 de mayo, las negociaciones entre la Unión Soviética y los Aliados occidentales por el futuro de Europa fueran cada vez más complicadas. Por ello, el nuevo gobierno estadounidense veía la siguiente conferencia en Potsdam como una oportunidad de contener a la URSS en Asia, especialmente ahora que los nazis estaban fuera de la guerra.

A estas preocupaciones sobre la influencia soviética se le sumó el temor por la gran cantidad de bajas que podría provocar una invasión de Japón, uno de los planes para finalizar la guerra. Tras la batalla de Iwo Jima, entre el 19 febrero y el 26 de marzo, y la batalla de Okinawa, iniciada el 26 de marzo y todavía en curso, la resistencia japonesa estaba siendo mayor de lo esperado, costando miles de bajas al ejército estadounidense. Ante esta situación Truman escribió en su diario: “Tengo que decidir la estrategia japonesa: ¿invadimos el Japón continental propiamente dicho o bombardeamos y bloqueamos? Esa es mi decisión más difícil hasta la fecha. Pero lo haré cuando tenga todos los hechos” (Truman, 17 junio 1945).

2.4 La prueba Trinity

El 16 de julio ocurría la prueba Trinity. Dicha prueba consistía en la detonación en el desierto de Alamogordo de la primera bomba nuclear jamás construida. La prueba de la bomba, desarrollada por numerosos científicos que formaban parte del denominado Proyecto Manhattan, fue un éxito.

Desde que Truman tomó posesión y fue informado de la existencia de un proyecto para desarrollar la bomba atómica, y a medida que la fecha de la conferencia de Potsdam se acercaba, su gobierno intentó acelerar el proceso de desarrollo y acercar el día de la prueba todo lo posible con la intención de tener ventaja frente a la Unión Soviética a la hora de negociar.

2.5 La misión diplomática japonesa

Desesperados ante la indiferencia que mostraban los dirigentes soviéticos cada vez que Sato les proponía hacer de mediadores entre el Imperio Japonés y los Estados Unidos, el Consejo Supremo nipón decidió mandar una misión diplomática encabezada por el ex primer ministro, el príncipe Fumimaro Konoe. Konoe había aconsejado al emperador no atacar Pearl Harbour

ni iniciar una guerra con los americanos. En contra del poder que sostenía el ejército dentro de Japón, criticó a la facción militar del gobierno por su actuación a lo largo de la guerra, describiendo a los militares del Consejo Supremo en un reporte de febrero de 1945 destinado al emperador como “El mayor obstáculo para el fin de la guerra” y acusándoles de haber “perdido la confianza en llevar la guerra a un final exitoso, pero insisten en resistir a los enemigos para salvar las apariencias.” (Konoe, 14 febrero 1945).

El envío de esta misión diplomática mostraba el acercamiento del emperador a la facción pacifista del Consejo y su intención de acabar la guerra lo antes posible. Pero si la elección de un fuerte antimilitarista como Konoe no fuera suficiente, Togo ordenó a Sato presentar un telegrama donde se describía como el emperador, cansado del derramamiento de sangre, quería poner fin a la guerra y que en caso de permitir a la misión diplomática japonesa entrar al país y reunirse con Stalin, Konoe les entregaría una carta escrita por el propio Hirohito en la cual así lo expresaba (Togo, 12 julio 1945).

La voluntad del gobierno japonés era que Stalin recibiera el mensaje antes de partir para Potsdam y se comprometiera a reunirse con el príncipe japonés al regresar de la conferencia, con esperanzas de que le transmitiera a Truman los intentos japoneses de negociar y conseguir así una mediación soviética para evitar una rendición incondicional. Pese a la insistencia de Sato en la necesidad de una respuesta temprana, lo único que recibió fue la noticia de que Stalin y Molotov ya habían partido hacia Berlín y que su respuesta se retrasaría. Pese a este mensaje, Sato descubrió que los mandatarios soviéticos aún seguían en Moscú y no abandonarían la ciudad hasta el día siguiente, dándose cuenta de que la tardanza en responder era intencionada (Hasegawa, 2005 p. 125).

2.6 La conferencia de Potsdam

La conferencia de Potsdam fue una reunión celebrada en las afueras de Berlín entre los días 17 de julio y 2 de agosto. Igual que en Yalta, en esta conferencia participaron los países aliados con más protagonismo durante la guerra, siendo estos: Gran Bretaña representada por Churchill, la Unión Soviética representada por Iosif Stalin y los Estados Unidos representados por Harry Truman. Dichos países habían acordado decidir en Potsdam como se iba a administrar y dividir la Alemania de posguerra, debatir diversos tratados de paz y el futuro del Imperio Japonés y el frente del Pacífico entre otros.

La intención de la delegación estadounidense era conseguir que la URSS le declarara la guerra a Japón, obligando al imperio nipón a centrarse en un nuevo frente desviando así tropas y suministros. Durante el primer día de la conferencia se llevó a cabo el primer encuentro entre el líder soviético y el nuevo presidente norteamericano. Stalin mencionó a Truman las

intenciones de Japón de rendirse mediante una negociación donde la URSS actuará como mediadora. Stalin también mencionó que, ignorando las propuestas del gobierno japonés, el Ejército Rojo entraría en la guerra del pacífico el 15 de agosto. El presidente estadounidense, contento por haber cumplido su objetivo convenciendo a la Unión Soviética de entrar en la guerra escribió en su diario: “[Stalin] entrará en la guerra el 15 de agosto. Acabando con los japoneses cuando eso ocurra” (Ferrell, 1980, p. 53). También escribió a su mujer: “He conseguido lo que vine a buscar. Stalin entra en la guerra el 15 de agosto” (Ferrell, 1983, p. 519). Truman estaba convencido de que la entrada de la URSS en el conflicto forzaría a Japón a aceptar la rendición incondicional de inmediato.

No obstante, al día siguiente, el 18 de junio, Stimson recibió un telegrama desde Alamogordo describiendo con exactitud cómo había sido la prueba Trinity y el poder destructivo de la bomba. Al ser informado Truman, su opinión sobre la entrada soviética en la guerra dio un giro de 180 grados. El presidente confiaba en que las bombas serían suficiente para forzar la rendición japonesa antes de la entrada de la Unión Soviética en la guerra, haciendo la intervención del ejército rojo innecesaria. En su diario anotaba: “Creo que los japoneses se rendirán antes de que Rusia entre en la guerra. Estoy seguro de que lo harán cuando Manhattan aparezca sobre su país” (Truman, 18 julio 1945).

Al saber del poder destructivo que tenían las bombas, Estados Unidos supuso que su uso sobre Japón forzaría al gobierno japonés a rendirse. Por lo tanto, desde el punto de vista norteamericano, las bombas hacían de la entrada de la Unión Soviética en la guerra algo totalmente innecesario. Además, en Europa la situación con la URSS era cada vez más tensa y su declaración de guerra a Japón le aseguraría un asiento en la mesa de negociaciones. Y si, mediante las bombas, los Estados Unidos podían evitar darle a la potencia comunista oportunidad de decidir sobre el futuro de Asia oriental, el uso de estas nuevas armas estaba más que justificado. James Byrnes declararía sobre este hecho en una entrevista en 1960: “Siempre tuve presente que era importante que acabáramos la guerra antes de que los rusos entraran. Ni el presidente ni yo estábamos ansiosos por su entrada en la guerra después de saber el éxito de la prueba [atómica]” (Stimson, 1960).

2.6.1. Potsdam y la rendición incondicional japonesa

Una duda que puede surgir llegados a este punto es por qué Truman, sabiendo por Stalin que Japón quería rendirse, no decidió aceptar tal propuesta y acabar la guerra antes de que la URSS entrara y las bombas fueran utilizadas. Todo indica que la razón por lo que esto no ocurrió fue por el punto muerto que había provocado la demanda de una rendición incondicional.

Como ya se ha mencionado antes, el Imperio Japonés quería evitar a toda costa una rendición incondicional por miedo a lo que le podría suceder al emperador, algo que Estados Unidos consideraba que era la única opción tras las atrocidades cometidas por Japón. Pero dentro de los aliados había divisiones sobre este tema. Ya en Yalta, el primer ministro británico Winston Churchill intentó convencer a Roosevelt de suavizar las demandas hacia el gobierno japonés, argumentando que: “no había duda de que moderar algunas medidas valdría la pena si permitieran salvar un año o un año y medio de una guerra en la que se derramaría tanta sangre” (United States Department of State, 1945, Doc 418). Pero el entonces presidente estadounidense rechazó la propuesta de Churchill enfatizando lo importante que era conseguir una derrota incondicional. El premier británico propondría lo mismo a Truman en Potsdam, y de nuevo sería rechazado.

Asimismo, las dudas sobre la demanda de rendición incondicional también se extendían entre el gobierno estadounidense. Joseph Grew, embajador estadounidense en Japón durante más de 10 años hasta el estallido de la guerra, escribió un memorándum sobre la conversación que mantuvo con Truman el 28 de mayo de 1945, informándole de que:

El mayor obstáculo para la rendición incondicional de los japoneses es su creencia de que esto implicaría la destrucción o la destitución permanente del Emperador y la institución del Trono. Si se pudiera dar alguna indicación a los japoneses de que, una vez completamente derrotados y vueltos impotentes para hacer la guerra en el futuro, se les permitirá determinar su propia estructura política futura, se les brindará un método para salvar las apariencias sin el cual la rendición será muy improbable (Grew, 1953, p. 1429).

Grew continuaba el documento narrando que Truman se había mostrado conforme y que le había dicho “haber tenido pensamientos en la misma línea”.

Otro de los asesores de Truman que tomó una línea parecida fue Henry Stimson, que habló con Truman el 2 de julio sobre la redacción de los términos de rendición argumentando que: “Personalmente creo que, si añadiéramos que no excluimos una monarquía constitucional bajo su actual dinastía, aumentaríamos sustancialmente las posibilidades de aceptación” (Stimson, 2 julio 1945).

Pero lo que realmente frenaba a Truman era cómo reaccionaría la población estadounidense. Tras años de guerra describiendo al emperador como un tirano responsable de los crímenes japoneses como el ataque a Pearl Harbor, cuando se le preguntaba a los americanos que se debería hacer con el emperador tras la guerra, la respuesta más común era ejecutarlo (Washington Post, 29 June 1945). En una reunión con el Almirante Leahy, cuando el militar se mostró de acuerdo con Stimson en cuanto a permitir a la monarquía japonesa continuar en el poder, Truman “no creía que pudiera tomar ninguna medida en este momento para cambiar la opinión pública sobre el asunto” (Foreign Relations of the United States, 1945 Doc 598). Por esta misma razón, James Byrnes desaconsejaba al presidente estadounidense retractarse acerca

de la derrota incondicional, argumentando que hacerlo llevaría a la “crucifixión” de Truman (Ham, 2014).

No obstante, de puertas para adentro los líderes aliados querían mantener la figura del emperador por razones militares. El 16 de julio, un día antes de la conferencia de Potsdam, se celebró una reunión del gabinete de gobierno de EE. UU. para discutir las condiciones de la rendición japonesa. En el encuentro se sugirió que:

Si, por ejemplo, se pudiera encontrar y comunicar a los japoneses una interpretación que no implicara la disolución de la institución imperial, el Emperador estaría en condiciones de ordenar el alto el fuego en las zonas periféricas mientras que, si la dinastía fuera destruida, las guarniciones periféricas podrían continuar luchando durante muchos meses o años (Foreign Relations of the United States, 1945, Doc. S.n.).

La intención era utilizar al emperador y su autoridad para que, mediante declaraciones públicas, todas las tropas japonesas depusieran las armas, incluido aquellas que se encontraban repartidas por todo el Pacífico y Asia, evitando así alargar la guerra.

Por lo tanto, Truman se encontraba dividido. Comunicar a los japoneses la oportunidad de mantener al emperador provocaría el fin de la guerra mucho antes de lo esperado. Pero entregar este mensaje era sumamente arriesgado desde el punto de vista de la política interna estadounidense. Tras años demandando una rendición incondicional, ceder ante el emperador siendo este una figura tan odiada por los estadounidenses sería visto como un símbolo de debilidad y un insulto a las víctimas de la guerra. Pero a su vez, la amenaza que presentaba la entrada soviética en el conflicto y su expansión por Asia implicaba que los EEUU debían acabar la guerra lo antes posible. Estas motivaciones contradictorias darían lugar a la construcción de la declaración de Potsdam.

2.6.2. La declaración de Potsdam

El 26 de junio los aliados publicaban la declaración resultante de las reuniones celebradas hasta entonces. En dicha declaración se exigía la rendición incondicional de Japón, advirtiendo de que, en caso de negarse, el Imperio japonés se enfrentaría a una destrucción total. Seguidamente, se nombraban diversas condiciones aliadas tales como la total disolución de las fuerzas armadas japonesas y la ocupación militar aliada del Japón de posguerra entre otros. Llamativamente, no se incluía ninguna mención del emperador o a la institución imperial, algo extraño dada la importancia de su figura en las negociaciones, de lo cual los aliados eran plenamente conscientes. Lo que sí incluía era un punto que decía así:

6. La autoridad e influencia de aquellos que engañaron al pueblo japonés y condujeron a intentar una empresa de conquista mundial deberán ser eliminadas para siempre, ya que afirmamos no ser posible instaurar un nuevo orden de paz, de seguridad y de justicia, en tanto el militarismo irresponsable no sea barrido del mundo.

Cuando el consejo supremo japonés recibió la declaración de Potsdam dudaron del significado de este punto debido a su vaguedad. Dentro del consejo había dudas de si los aliados se estaban refiriendo a los militares del consejo, al todo el consejo, incluyendo a los militares y a los pacifistas, o al gobierno en su conjunto incluyendo también al emperador. Finalmente, los líderes japoneses acabaron interpretándolo como una amenaza indirecta tanto para ellos como para el emperador.

Otra cuestión que también generó confusión fue que la declaración estaba firmada por Estados Unidos, Gran Bretaña y China, pero no por la Unión Soviética. Esto creó una duda dentro del consejo, si los soviéticos no firmaban el documento, eso podía significar que no estaban de acuerdo con la demanda de la rendición incondicional japonesa ¿Cuál era la posición de la URSS? Y de no estar de acuerdo con la declaración ¿eso significaba que estaban abiertos a mediar una rendición japonesa? Esto dio esperanzas al ministro de exteriores japonés, Togo, que al día siguiente se reunió con el emperador. El cual expresó que los términos de la declaración eran aceptables, pero que esperarían a que los soviéticos aclararan su posición y a obtener más información sobre qué planes tenían los aliados para Hirohito antes de dar una respuesta.

La versión de la declaración que se publicó y que recibió el gobierno japonés era distinta a la que se había acordado en Potsdam. La versión original incluía la firma de Stalin, líder de la Unión Soviética. y una aclaración en la segunda mitad del punto doce que decía “[El nuevo gobierno] puede incluir una monarquía constitucional bajo la actual dinastía sí muestra [...] que nunca más aspirará a la agresión” (Hasegawa, 2005, p. 146).

La eliminación de la oferta de mantener la institución imperial y de la firma de la Unión Soviética fue hecha por Truman y Byrnes. Sobre la firma soviética, el presidente estadounidense argumenta en sus memorias que “Stalin no podía ser parte de la declaración dado que aún estaba en paz con Japón” (Truman, 1956) y que por eso decidió eliminar su firma. La eliminación de la URSS entre los signatarios sorprendió a la delegación soviética que no fue consultada y se le informó de las modificaciones del documento al mismo tiempo que estaba siendo publicado a la prensa. Esto acabó con el plan de Molotov y Stalin, que querían romper el pacto de no agresión con Japón alegando que el gobierno japonés se había negado a rendirse tras el ultimátum emitido en Potsdam que, junto al resto de aliados, ellos también habían firmado.

Dada la situación, la delegación soviética decidió pedir a las delegaciones estadounidense y británica una invitación formal a la guerra. Esto puso a Truman en una situación incómoda.

Teóricamente los estadounidenses estaban esperando ansiosos la entrada soviética en la guerra, pero desde que fueron informados del poder destructivo de la bomba su intención era usarla sobre Japón convencidos de que los japoneses se verían forzados a aceptar una rendición antes de la declaración de guerra soviética. Así lo expresaba Byrnes en sus memorias: “Habíamos comenzado a tener la esperanza de que una derrota japonesa era inminente y no queríamos urgir a los rusos para que entraran en la guerra” (Byrnes, 1974, pp.207-208). Este conflicto entre querer mantener las apariencias frente a los soviéticos y a su vez no querer su entrada en la guerra forzó a Truman a esquivar la pregunta.

La segunda modificación importante de la declaración de Potsdam fue la eliminación de la oferta de mantener la institución imperial. El razonamiento seguido para eliminar esta oferta se encuentra en el diario de Henry Stimson, que escribe “el presidente y Byrnes lo borraron [la oferta]. No estaban molestos, pero pensaron que podrían arreglarlo en las negociaciones secretas que ocurrirían tras el armisticio”. Truman y Byrnes están seguros de que Japón se rendirá incondicionalmente antes de la declaración de guerra soviética cuando, en palabras del presidente ya antes citadas, “Manhattan aparezca sobre su país”. Por esta razón, no quieren dar ninguna concesión al emperador arriesgándose a una reacción negativa de la población americana, y confían en que el futuro de la institución imperial japonesa podrá ser discutida secretamente tras la guerra.

La situación al final de la conferencia de Potsdam era la siguiente: Truman se negaba a aceptar cualquier otra cosa que no fuera una rendición incondicional por miedo a la opinión pública estadounidense. Algo que el gobierno japonés seguía negándose a aceptar hasta que no estuvieran seguros de que el emperador iba a estar a salvo. Pero el presidente estadounidense coincidía con Japón, el emperador iba a mantener su posición y no sería ni arrestado ni juzgado, pero esto el consejo supremo japonés no lo sabía. Por lo tanto, lo único que les quedaba a los líderes nipones era esperar una salvación soviética que nunca ocurriría, mientras, los Estados Unidos siguieron adelante con el uso de las bombas atómicas.

2.7 Los bombardeos atómicos y la entrada soviética en la guerra

La primera bomba fue lanzada el 6 de agosto a las 8:15 de la mañana en el centro de Hiroshima. Cuando los líderes japoneses recibieron noticias de lo ocurrido se reunieron para debatir cómo actuar. Los militaristas del consejo seguían convencidos de que el camino a seguir era luchar hasta el final con la esperanza de conseguir una rendición negociada. Mientras tanto, los pacifistas se limitaron a proponer una investigación para saber si lo que les había golpeado era una bomba atómica. De acuerdo con unas declaraciones durante la posguerra del jefe del Estado Mayor de la Armada y miembro de la facción militarista Toyoda Soemu “la situación no había

llegado a un punto en el cual una bomba atómica fuera a obligarnos a discutir la posibilidad de terminar la guerra” (Toyoda, 1950, pp. 52–53).

Tras la reunión, Togo envió un telegrama extremadamente urgente a Sato. “La situación es cada vez más y más urgente. Tenemos que saber la posición soviética de inmediato. Esfuérzate en conseguir su respuesta de inmediato” (Togo, 6 agosto 1945). Sato entonces contactó con Molotov que, recién llegado de Potsdam, por primera vez en mucho tiempo accedía a reunirse con el embajador japonés. Todos los políticos japoneses estaban esperando ansiosos la respuesta del ministro de exteriores soviético.

Al día siguiente, el 8 de agosto, Togo se reunió con el emperador Hirohito. Durante el encuentro el monarca japonés insistió en su voluntad de acabar la guerra lo antes posible y ordenó a Togo que se reuniera con el primer ministro Suzuki y se lo hiciera saber. No debemos pensar que esta muestra de voluntad por acabar la guerra se distinguiera mucho de las anteriores. Hirohito no estaba dispuesto a aceptar los términos que le imponían los americanos, y no tenemos ninguna prueba de que la destrucción de Hiroshima le hiciera cambiar de opinión. Si la primera bomba atómica provocó algo, fue que los japoneses pusieran aún más presión a sus diplomáticos en la URSS para que convencieran a Stalin de mediar (Hasegawa, 2005, pp.184-186). Tras el encuentro con el emperador, Togo convocó una reunión para la mañana siguiente.

Ese mismo día a las seis de la tarde hora moscovita se reunían Sato y Molotov. El embajador japonés acudió a la reunión esperando una respuesta a la misión diplomática encabezada por Konoe. Molotov, en cambio, había citado al diplomático nipón con la intención de entregarle la declaración de guerra soviética. Esta declaración se daba siete días antes de lo que Stalin había acordado con Truman en Potsdam.

El ataque soviético, que cogió al ejército japonés en Manchukuo desprevenido, atravesó las líneas defensivas niponas fácilmente al encontrarse con poca resistencia de un ejército sin suministros y aislado de la cadena de mando situada en el Japón continental.

Cuando las noticias de la declaración de guerra soviética llegaron a Tokyo de madrugada, el primer ministro Suzuki decidió reunirse con Hisatsune Sakomizu, su jefe de gabinete, y después de examinar la situación llegaron a la conclusión de que solo tenían dos opciones, o declararle la guerra a la URSS y enfrentarse a una derrota segura, o aceptar los términos de la declaración de Potsdam. Tras esto Suzuki habló con el emperador, que se mostró a favor de rendirse aceptando los términos estadounidenses. Al acabar su encuentro con el emperador Suzuki convocó una reunión del consejo supremo para la primera hora de la mañana.

La mañana del 9 de agosto el consejo supremo se juntó para debatir sobre la rendición. E inmediatamente volvieron a caer en un bloqueo. Como en las ocasiones anteriores, los pacifistas estaban a favor de rendirse siempre que les dejaran quedarse con el emperador, mientras tanto, los militares mantenían sus exigencias, demandando mantener al emperador,

inmunidad legal por los crímenes de guerra, la no ocupación de Japón y el mantenimiento de parte de los territorios conquistados del Imperio Japonés. Horas tras el comienzo de la reunión un mensajero llegó anunciando que una segunda bomba atómica había sido lanzada sobre Nagasaki. Pero el consejo siguió bloqueado durante el resto del día hasta que acabaron levantando la sesión sin llegar a ninguna conclusión.

2.8 El emperador interviene por primera vez

Frustrados por este bloqueo Suzuki, Togo y fueron a hablar con el emperador para pedirle que convocara una conferencia imperial esa misma noche, en la cual debería tomar una decisión. En dicha conferencia, tal y como había ocurrido en las anteriores, se volvió a llegar a un punto muerto. Cuando esto ocurrió Suzuki se refirió directamente al emperador preguntando por su opinión, a lo que el monarca contestó que estaba de acuerdo con la propuesta de Togo, aceptarían los términos exigidos por la declaración de Potsdam “entendiendo que dicha declaración no comprende exigencia alguna que perjudique las prerrogativas de Su Majestad como Gobernante Soberano” (Foreign Relations of the United States, 1945 IDoc.406).

Tras estas declaraciones Hirohito abandonó la sala y seguidamente todos los ministros, incluidos los que formaban la facción de la guerra, firmaron la rendición.

Una hora más tarde el consejo se volvió a reunir para confirmar la decisión del emperador. En este encuentro, Anami decidió preguntar a la facción de la paz si, en caso de que los aliados rechazaran la única condición japonesa, apoyarían la continuación de la guerra. Todos respondieron que sí. (Hasegawa, 2005, p. 214).

2.9 Estados Unidos recibe la rendición japonesa

A las 7:30 de la mañana del 10 de agosto los estadounidenses recibieron el mensaje que tanto habían esperado. Truman convocó de inmediato una reunión con su secretario de defensa James Forrestal, el almirante Leahy, Henry Stimson y James Byrnes.

Forrestal, Leahy y Stimson se pronunciaron a favor de la condición japonesa que blindaba al emperador de cualquier represalia, argumentando que los Estados Unidos también estaban interesados en mantener a Hirohito dado que era el único capaz de convencer a los militares japoneses para que aceptaran la rendición. Stimson también estaba convencido de que el tiempo era un factor importante. La URSS estaba avanzando rápidamente y había que conseguir una rendición japonesa antes de que las tropas soviéticas desembarcaran en Hokkaido.

James Byrnes, por otro lado, creía que no había porqué aceptar la condición japonesa argumentando que todas las condiciones debían ser impuestas por los EEUU, debido a que eran ellos los que habían ganado la guerra (Byrnes, 1958). En su diario, Stimson clarifica que:

Byrnes estaba preocupado por saber si podíamos aceptar esto a la luz de algunas de las declaraciones públicas [exigiendo la rendición incondicional de Japón] de Roosevelt y Truman. Lógicamente, durante tres años de una guerra encarnizada se han hecho amargas declaraciones sobre el Emperador. Ahora vienen a acosarnos (Stimson, agosto 10, 1945).

Byrnes tenía miedo de que, tras cuatro años calificando al emperador como monstruo sanguinario, perdonar a Hirohito pusiera a la opinión pública estadounidense en su contra. Entonces, Byrnes decidió mandar una carta al gobierno japonés insinuando que podían mantener al emperador, sin llegar a exponerlo directamente. El mensaje decía:

“El Emperador deberá autorizar y garantizar la firma por parte del Gobierno de Japón y del Cuartel General Imperial Japonés de los términos de rendición necesarios para llevar a cabo las disposiciones de la Declaración de Potsdam, y dará sus órdenes a todas las fuerzas militares, navales y aéreas japonesas, y a todas las fuerzas bajo su control, dondequiera que se encuentren, de cesar las operaciones activas y entregar sus armas, y a emitir otras órdenes que el Comandante Supremo [de los Aliados] pueda requerir para dar efecto a los términos de rendición.”

Byrnes estaba enviando al emperador una lista de qué hacer si quería acabar con la guerra. Implicando que se mantendría en el poder mediante la explicación de cuál sería su rol de ahí en adelante.

En su diario Truman resume el objetivo de este mensaje. Explicaba que los términos de rendición estadounidenses eran incondicionales, pero que los japoneses querían mantener al emperador. A lo que el presidente estadounidense añadía “Les dijimos que les íbamos a explicar cómo mantenerlo, pero que nosotros pondríamos las condiciones.” (Truman, 10 de agosto 1945).

De esta manera los japoneses aceptaban la rendición incondicional con una condición previa, a lo que los estadounidenses respondieron que no aceptaban esa condición, pero que iban a cumplir con dicha condición que no aceptaban siempre que los japoneses hicieran todo lo que se les ordenara.

2.10 El emperador interviene por segunda vez

Cuando el mensaje de Byrnes llegó a Tokyo, el consejo de guerra se volvió a reunir para discutir sobre qué hacer tras la “negativa” estadounidense, e inmediatamente volvieron a caer en un

bloqueo. Hubo discrepancias sobre el significado exacto de la carta, amenazas, complots, Suzuki cambió de bando y luego volvió a cambiar... Tras días de debate, cansado de la situación el emperador convocó otra conferencia imperial, y después de escuchar las quejas de los militaristas, Hirohito intervino para volver a decantarse del lado de los pacifistas. Esta segunda intervención cerró todos los debates del consejo y, de manera unánime, se decidió aceptar los términos expuestos por la declaración de Potsdam.

2.11 El final de la guerra

El 15 de agosto el emperador anunciaba la voluntad del gobierno japonés de rendirse, marcando por fin el final de la Segunda Guerra Mundial.

Cuando esto ocurrió, hubo un intento de golpe de Estado en Tokyo liderado por algunos oficiales del ejército con la esperanza de que los militaristas del consejo les apoyaran. Pero el ministro de guerra Anami no respaldó el golpe, provocando que fracasara poco después. En su lugar, Anami decidió volver a su residencia y suicidarse siguiendo el ritual del *seppuku*.

Y pese a que Japón ya se había rendido, Stalin decidió reforzar la ofensiva sobre los territorios ocupados por el Imperio japonés en Asia. Con rendición o sin ella, la Unión Soviética iba a recuperar lo que Rusia había perdido cuarenta años antes.

Dejando esto de lado, la guerra había terminado, y si había un protagonista de esta última fase del conflicto, ese era la bomba atómica.

3. REACCIONANDO A HIROSHIMA

Dieciséis horas después de que el Enola Gay lanzara una bomba atómica sobre Hiroshima, el presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, se dirigía a la nación en un discurso que pasaría a la historia. En él, Truman argumentaba que el uso de la bomba se debía a la negativa del gobierno japonés de rendirse aceptando los términos ofrecidos en la declaración de Potsdam. Y advertía que, de seguir negándose a firmar una derrota incondicional, al bombardeo le seguiría una destrucción total.

La reacción de la población americana ante este discurso fue extremadamente positiva. A excepción de la prensa católica, los periódicos estadounidenses aplaudieron unánimemente el lanzamiento de las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki. En cuanto a la población, en una encuesta de la revista Fortune a finales de 1945, solo el 5% de los encuestados se oponían al uso de las bombas atómicas sobre Japón, y un significativo 22,7%, deseaba que los Estados Unidos hubieran lanzado más bombas sobre Japón antes de su rendición (Fortune Magazine, diciembre 1945).

Para entender las razones por las cuales el uso de las bombas sobre la población japonesa no representó un problema para la sociedad estadounidense debemos analizar ciertas actitudes y narrativas fomentadas durante la guerra.

Fin de la guerra:

Gran cantidad de norteamericanos creían que la guerra se alargaría, pero cuando Japón se rindió pocos días después del lanzamiento de las bombas muchos interpretaron el fin de la guerra como el producto de los ataques de Hiroshima y Nagasaki. En una encuesta de la revista Fortune en noviembre de 1945, el 17% de los estadounidenses creían que la bomba había acortado la guerra entre dos y cinco meses; el 35,6% opinaban que entre seis meses y un año; y un 17,6% contestaron que sin las bombas la guerra hubiera durado más de un año (Fortune Magazine, noviembre 1945). Para muchos estadounidenses vieron las bombas como una salvación para sí mismos o para sus seres queridos, que esperaban ser movilizados al frente del Pacífico.

Venganza:

La búsqueda de venganza fue un gran estimulante para la maquinaria bélica estadounidense. Tras el ataque sobre Pearl Harbour el apoyo a la entrada en la guerra por parte de los estadounidenses era unánime (Wittner, 1969). Más adelante, en febrero de 1945 una encuesta

hecha por Gallup mostraba que el 75% de los ciudadanos americanos apoyaban la política aliada de derrota incondicional, mientras que solo el 12% la desaprobaba (Yavenditti,1974). Además, la justificación mediante la venganza fue especialmente popular durante los años de posguerra, años en los que los críticos con el uso de las bombas atómicas eran silenciados por “haber olvidado Pearl Harbor” (*Honolulu Star-Bulletin*, septiembre, 1945).

Patriotismo:

El sentimiento patriótico entre la población jugó un papel muy importante, las bombas atómicas fueron creación de la industria estadounidense y pronto se convirtieron en un orgullo nacional y una muestra del poder y determinación americano. Así lo mencionaba Truman en su primer discurso después del lanzamiento de la bomba “Tanto la ciencia como la industria trabajaron bajo la dirección del Ejército de los Estados Unidos, que logró un éxito único en el manejo de un problema tan diverso en el avance del conocimiento en un tiempo asombrosamente corto” o la prensa estadounidense como el *Chicago Daily Tribune* “Los regimientos de científicos nazis estuvieron cerca del descubrimiento, pero no llegaron a conseguirlo. No pudieron competir con hombres libres ni la industria que una sociedad libre puso a su disposición” (*Chicago Daily Tribune* agosto, 1945).

Supremacismo racial:

La imagen que los estadounidenses tenían de los japoneses como enemigos fanáticos autores de los actos más crueles e incapaces de rendirse incluso en las condiciones más adversas facilitaron la aprobación del uso de bombas atómicas. El racismo antijaponés tradicional junto al ataque sorpresa de Pearl Harbor, considerado como un ataque cobarde, las tácticas de combate suicida y la publicación de atrocidades que los japoneses habían cometido durante sus campañas por Asia y contra los prisioneros de guerra americanos provocaron que para 1943, el estadounidense promedio odiara más a los japoneses que a los alemanes (Wittner,1984). A esto se le sumaba una campaña de deshumanización lanzada por los medios de comunicación como muestra una edición de 1943 de la revista *Time*, que describía a la población de Japón como “El japo ordinario y sinrazón es ignorante. Quizás es humano. Nada nos lo indica” (*Time*, septiembre 1943). Esta imagen de la población japonesa reforzó la idea de que los Estados Unidos tenían la bendición y ayuda de Dios. Además, al ser lanzada la bomba sobre dos ciudades japonesas, se hizo popular la comparación con dos ciudades bíblicas destruidas por Dios, Sodoma y Gomorra (Morgan,1946).

La imagen del japonés, como un ser infrahumano predispuesto a hacer el mal, hizo que la población estadounidense viese justificado el uso de armas y métodos que, cuando eran usados

por los propios japoneses, eran calificados de inmorales. El uso del lanzallamas, el gas nervioso, el napalm o el bombardeo de centros urbanos era razonable, pues se usaba contra seres inferiores y con la intención de acabar con el mal en el mundo, representado por el Eje. De esta manera los americanos se veían a sí mismos como superiores a sus enemigos, incluso tras el uso de bombas atómicas (Hopkins,1966). Un ejemplo es como la revista *Time* se refirió al bombardeo incendiario de Tokyo que se saldó con más de 100.000 muertos la noche del 9 de marzo de 1945: “un sueño hecho realidad” (*Time*, Julio 1945).

Durante la posguerra gran número de americanos pasaron a sentir una total indiferencia por el uso de armas nucleares y sus consecuencias. A lo largo del año siguiente al bombardeo los estadounidenses recibieron multitud de descripciones de lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki. Se publicaron fotos de la explosión, entrevistas con los científicos miembros del Proyecto Manhattan y la tripulación de los aviones que lanzaron las bombas y reportajes de lo que se encontraron las tropas estadounidenses al llegar al inicio de la ocupación militar. Pero todo lo que la prensa publicaba tenía que pasar la censura a la que el gobierno sometía todo lo relacionado con la guerra, con la ocupación de Japón y sobre todo con el uso de armas nucleares.

Por esta razón, los reporteros siempre estuvieron obligados a suprimir las fotografías en las cuales se vieran cadáveres o supervivientes mutilados o con defectos ocasionados por la radiación. Esto provocó que muchos estadounidenses no vieran ninguna diferencia entre el uso de las bombas atómicas y el de explosivos convencionales o incendiarios. Para el público el bombardeo atómico era simplemente una forma más eficiente de bombardeo indiscriminado. “No hay una escala de valores la cual haga que una explosión de TNT esté bien y una explosión de uranio esté mal” publicaba el *Chicago Sun* (*Chicago Sun*, agosto 1945).

Asimismo, cuando diversas fuentes japonesas empezaron a culpar a la radiación emitida por la bomba de haber contaminado el suelo de Hiroshima causando la muerte de entre 30.000 y 60.000 japoneses las dos semanas posteriores al bombardeo, el director del Proyecto Manhattan, el General Leslie R. Groves, llevó a 31 reporteros a Alamogordo, donde se probó la primera bomba atómica. Groves, junto a otros miembros del ejército informaron a los periodistas de que la radiación en aquel lugar, donde se detonó la bomba en el suelo, ya estaba casi eliminada, y que por lo tanto en Hiroshima, donde la bomba detonó a 600 metros de altura, la radiación debía de ser prácticamente inexistente. Para aquellos que aún tenían dudas sobre el envenenamiento por radiación, Groves dijo que los doctores le habían asegurado que era “una manera muy agradable de morir” (Yavenditti,1974) Amedrentados por la censura, los medios de comunicación hicieron poco por desafiar la versión oficial del gobierno americano.

3.1 De Seversky y las pruebas de Bikini Lagoon

Dos eventos más, que contribuyeron a minimizar el poder destructivo de la bomba, tuvieron un papel central en la creciente indiferencia del pueblo norteamericano hacía las armas nucleares.

El primero de los eventos vino de la mano de Alexander De Seversky, aviador ruso-estadounidense y propagandista del Comando Aéreo Estratégico, unidad operativa a cargo de los bombardeos sobre centros urbanos. A principios de 1946 De Seversky, en aquel momento consultor especial del secretario de Guerra, publicó un artículo que desencadenó una pequeña pero destacable polémica. En el que atribuía la destrucción en Hiroshima y Nagasaki no a las bombas, sino a la arquitectura y tecnología japonesas. De Seversky argumentaba que lo que en realidad ocurrió fue que la llamarada provocada por la bomba atómica prendió fuego a las casas que se encontraban por debajo. Al ser las casas japonesas de madera, miles de viviendas se incendiaron a la vez, convirtiendo toda la ciudad en una bola de fuego de la que no se podía escapar. El artículo también “desmentía” que los habitantes hubieran sido “vaporizados” de manera instantánea tal y como decían algunos reportes, y argumentaba que las bombas le habían dado al gobierno una excusa para rendirse salvando las apariencias, y que en el caso que una bomba atómica detonara en una ciudad estadounidense, la explosión no haría más daño a una estructura de hierro y cemento del que haría una bomba de TNT de 10 toneladas. Si bien De Seversky fue confrontado por parte de la academia y de la prensa, sus ideas se extendieron entre la sociedad norteamericana y junto a los resultados de las pruebas nucleares en Bikini Lagoon, consolidaron la indiferencia hacía lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki.

Las pruebas nucleares en Bikini Lagoon, situado en las Islas Marshall, fueron las primeras pruebas de armas nucleares desde la prueba Trinity. A diferencia del primer test, en esta ocasión el ejército de los Estados Unidos hizo público de antemano el lugar, fecha y razón de la prueba, además, invitó a una gran cantidad de periodistas. El objetivo de esta prueba era desvelar los efectos que podrían tener las armas nucleares sobre barcos de guerra. La prueba se componía de tres explosiones, la primera bomba detonaría encima de los barcos a gran altura, imitando lo ocurrido en las ciudades japonesas, la segunda bomba estaría situada justo debajo del barco a poca profundidad, y la tercera se encontraría en el fondo oceánico. La primera prueba fue relativamente decepcionante. El almirante H.P. Blandy explicó a la prensa que “los científicos esperaban que los resultados fueran tan drásticos como lo ocurrido en Nagasaki”. Si bien Blandy exageró las expectativas de los científicos atómicos, su dramatismo alimentó pequeños grupos de investigadores que esperaban maremotos, terremotos y cambios violentos en el clima (Yavenditti, 1974). A estas expectativas incumplidas se sumó que durante la primera prueba la bomba detonó a una altura equivocada, lo que resultó en el hundimiento de menos barcos de los esperados.

De la flota de 95 embarcaciones solo un par fueron lo suficientemente dañadas como para hundirse. Estas decepcionantes pruebas causaron que los reportes de la prensa alimentaran aún más la indiferencia del público estadounidense.

Un año después de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, la población americana había aprendido poco sobre lo sucedido y el desinterés reinaba entre la sociedad estadounidense. Además, debido a que los Estados Unidos mantenían el monopolio de este nuevo arma, el miedo a sufrir un ataque nuclear algún día era inexistente. A esto se le sumaban el artículo de De Seversky y las decepcionantes pruebas en la Islas Marshall, que acabaron de minimizar el poder de la bomba que, junto a la censura que sufría la prensa, provocaron que lo americanos no vieran ninguna diferencia cualitativa entre las armas atómicas y las armas de guerra convencionales.

Pese a que la imagen de los japoneses popularizada durante la guerra se estaba desvaneciendo poco a poco, la menguante hostilidad no produjo ninguna revisión del discurso americano sobre los bombardeos atómicos. La prensa estadounidense escribió sobre multitud de temas interrelacionados, pero ninguno que permitiera vislumbrar arrepentimiento ni empatía por las víctimas.

La mayoría de los artículos sobre Hiroshima y Nagasaki retrataban la reconstrucción de las ciudades y sus ciudadanos como un microcosmos en comparación al resto de Japón, estas ciudades se habían convertido en el símbolo del renacimiento japonés, renacimiento de un nuevo país basado en la cooperación, el progreso y la paz, de la mano del tutelaje de los Estados Unidos que ayudaría a frenar las tendencias belicistas japonesas que pudieran aparecer en un futuro. Además, el hecho de que las ciudades estuvieran siendo reconstruidas demostraba que las bombas atómicas no las hacían inhabitables, lo que calmaba la consciencia estadounidense.

Aún más gratificante fue que las víctimas de las bombas atómicas no culparan ni odiaran a los Estados Unidos, puesto que daba lugar a que los americanos no tuvieran que cuestionar haber lanzado la bomba. La revista *Time* recalcó múltiples veces la importancia de la reconciliación entre ambos países, casi sugiriendo que los japoneses estaban agradecidos por las bombas atómicas:

Hiroshima y su compañera víctima de la bomba, Nagasaki, son las ciudades más pro-estadounidenses de Japón. Los visitantes estadounidenses son bombardeados con preguntas sobre cómo hacer de Hiroshima una meca para peregrinos amantes de la paz. Los habitantes de Hiroshima sienten que La Bomba los purgó de toda culpabilidad sentida por la guerra (*Time*, agosto 1947).

Pero la visión que tenía la sociedad norteamericana sobre los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki iba a cambiar drásticamente el 31 de agosto de 1946.

4. “HIROSHIMA” DE JOHN HERSEY

Ese día, se publicaba una edición del *New Yorker* dedicada exclusivamente a un reportaje sobre Hiroshima hecho por John Hersey, un colaborador de la revista. El reportaje estaba formado por una serie de entrevistas con seis supervivientes del bombardeo. Estos contaban detalladamente qué ocurrió antes, durante y después de la explosión. +

Pese a tener un público muy específico como era el estadounidense urbanita, de clase media y relativamente progresista, la nueva edición se vendería por todo el país. El nuevo número de la revista pasaría a agotarse en cuestión de horas, adquiriendo una popularidad incomparable con cualquier otra edición previa del *New Yorker*. Poco después de su publicación el programa de radio de ABC interrumpiría su programación diaria para narrar el artículo a lo largo de cuatro programas de media hora cada uno. Su popularidad llegaría a ser tal que las cadenas nacionales de todo el mundo, tales como la BBC británica decidieron posponer su programación para leer el artículo en directo. Posteriormente pasaría a publicarse como libro, vendiendo más de tres millones de copias. Y la revista *Time* la definiría como “la pieza periodística más admirada de la Segunda Guerra Mundial” (*Time*, mayo 1985).

Hersey, queriendo que los hechos hablaran por sí mismos, mantuvo un tono sobrio y la neutral. Mientras que los reportajes previos sobre Hiroshima se centraban en la espectacularidad de la explosión, y sus consecuencias en la ciudad, o el esfuerzo de los científicos norteamericanos en desarrollar tal arma, Hersey se centró en las historias de los supervivientes permitiéndoles contar su versión. Por primera vez, el público estadounidense contemplaba las consecuencias de las acciones de su gobierno. A partir de entonces la palabra “Hiroshima” pasó de estar asociada con la destrucción de una ciudad a la muerte y sufrimiento de miles de hombres, mujeres y niños, cada uno con su historia.

El artículo también convenció a muchos lectores de que las bombas atómicas eran totalmente distintas a cualquier otra bomba usada anteriormente. Aunque los ataques con bombas convencionales e incendiarias en centros urbanos podían causar grandes estragos, al estar formados por grandes formaciones de bombarderos permitían que los civiles fueran avisados con tiempo y corrieran a buscar refugio, cosa que se hacía más difícil si el ataque en cuestión consistía en un solo avión. Sumado al elemento sorpresa, el hecho de que una sola aeronave pudiera causar tales niveles de destrucción difería totalmente de lo que los civiles habían vivido a lo largo de la guerra con los ataques aéreos masivos. Pasando de bombardeos que afectaban a una zona de la ciudad, a una sola bomba que era capaz de arrasar una urbe entera.

Finalmente, el artículo mostraba como la agonía y la incertidumbre de las víctimas se alargaba debido a un nuevo elemento, la radiación. Hersey mostraba cómo la radiación afectaba a los procesos reproductivos y a los recién nacidos, y demostró tres aspectos de la radiación; podía afectar a supervivientes de la explosión inicial, afectaba a la materia orgánica más que a objetos

materiales y, contraria a los que el general Groves aseguraba, no era una manera “muy agradable de morir”. El horror que “Hiroshima” retrató consiguió revivir el debate sobre si el uso de armas atómicas en Hiroshima y Nagasaki estuvo justificado.

Poco después de la publicación los psicólogos sociales Joseph Luft y W. M. Wheeler (1948) contactaron con Hersey y se propusieron estudiar las reacciones que el artículo había provocado entre los estadounidenses analizando 339 de las miles de cartas recibidas por el autor. Estas cartas serían escogidas de entre las que Hersey recibió las dos semanas posteriores a la publicación del *New Yorker*, una vez seleccionadas, se las clasificaría entre los diversos puntos de vista o emociones que transmitían.

El 53% de los lectores creía que el artículo cumplía una gran labor social, mencionando una de las cartas como el artículo era “una buena manera de contrarrestar la actitud patriótica parecida a la del 4 de julio que se había desarrollado alrededor de la bomba” (Carta 24) o como era un buen comienzo para “educar al público norteamericano sobre el uso de las bombas” (Carta 28).

El 14% de los lectores enfatizaron la labor humana que hacía al ayudar a los lectores a empatizar con las víctimas. Así lo mostraban las cartas 66 “El mostrar lo que una bomba hizo a la gente en comparación con una ciudad, el pueblo japonés o el enemigo, espero que haya servido para despertar la sensibilidad de la humanidad.” o la carta 134 que mencionaba que los detalles íntimos de las víctimas harían que su historia fuera “una historia que probablemente nunca sea olvidada”.

El 11% de los lectores dijeron haber sentido vergüenza o arrepentimiento después de leer el texto. “Me siento avergonzada de que mis escasos impuestos hicieran posible Hiroshima” señalaba la carta 107.

El 5% mostró indignación, llegando a compararlo con las acciones de guerra de la Alemania Nazi, “Recuerde nuestra gran indignación por el uso de cohetes bomba por parte de Alemania. Nuestro argumento de que salvaron vidas estadounidenses no es más que una justificación para un mayor *Schrecklichkeit* [Ejecuciones de civiles llevadas a cabo por la Alemania Nazi]” (Carta 159).

Finalmente, el 4% mostró pena por las víctimas de los bombardeos atómicos: (Carta 16) “Uno siente una intensa simpatía por las víctimas civiles.” La carta 195 describía el uso de la bomba como un “...acto salvaje” que había conllevado “esta mutilación y asesinato de civiles, entre ellos innumerables mujeres y niños.”

“Hiroshima” de John Hersey supuso un antes y un después en cómo la sociedad estadounidense veía las acciones de su gobierno en relación con el uso de las bombas atómicas y las comenzaba a poner en duda. El descontento social fue en aumento mientras que a su vez el artículo de

Hersey se iba haciendo más y más popular, creando una oposición a la decisión del gobierno cada vez más notable.

5. LA CREACIÓN DE UN MITO

Pocos días después de la publicación de Hiroshima en *New Yorker*, el almirante de la armada estadounidense William F. Halsey declaró que los japoneses estaban al borde de rendirse ya antes del lanzamiento de las dos bombas y que “el uso de las bombas atómicas fue un experimento innecesario” (Alperovitz, 1995, p.445). A causa de esto, se publicaron dos artículos que sentarían las bases del relato estadounidense sobre las bombas hasta nuestros días.

5.1 “Si la bomba atómica no se hubiera usado” de Compton

Tras el revuelo creado por la edición del *New Yorker*, Karl Taylor Compton, presidente del *Massachusetts Institute of Technology* y uno de los ocho miembros del Comité Interino nombrado para aconsejar a Truman sobre el uso de la bomba, decidió escribir un artículo denominado “Si la bomba atómica no se hubiera usado”.

En el artículo, Compton defendía la decisión tomada por el comité y el gobierno argumentando que el uso de la bomba provocó que la guerra acabara antes y que la única alternativa a los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki era realizar una invasión terrestre de Japón muy costosa en vidas humanas (Compton,1946).

En el artículo no aparecían cifras acerca de las bajas que podría provocar dicha invasión ni tampoco aportaba ninguna información nueva sobre cómo fue tomada la decisión. Pero al ser Compton parte de dicho Comité Interino y conocer el desarrollo del Proyecto Manhattan, dotaba al artículo de cierta autoridad. Autoridad que se vería aún más reforzada cuando, pocos días después de su publicación, el artículo fuera aplaudido por el presidente Truman en una carta enviada a su autor. De dicha carta solo se publicaron solo los dos primeros párrafos, puesto que en los siguientes párrafos Truman reprendía a Compton por explicar que la última palabra para aprobar el bombardeo la tuvo el presidente (Truman,1946).

Dicha carta de felicitación también mencionaba como Truman le había encargado a Stimson reunir todos los hechos del proceso que fue la decisión de usar la bomba y publicar un artículo explicándolos.

5.2 “La decisión de usar la bomba atómica” de Stimson

Tras la publicación del artículo de John Hersey, James B. Conan, presidente de Harvard y supervisor del Proyecto Manhattan, y el presidente Truman contactaron con Henry Stimson alentándole a escribir un artículo en el cual se justificara el uso de la bomba y como su objetivo fue salvar el máximo número de vidas estadounidenses posibles. El texto se convertiría en la primera justificación del uso de las bombas escrito por uno de los miembros del gabinete de guerra durante el conflicto. En la redacción del artículo también colaboró, sin ser mencionado, el General Leslie Groves, responsable entre otros del uso de la bomba (Lume, 2020, pp. 153–157).

Con este artículo Stimson esperaba dar forma a la manera en la que los futuros estadounidenses verían el uso de las bombas. En una de sus cartas a Truman se lee:

Las críticas a las que [el artículo] ha pretendido responder en la medida de lo posible fueron realizadas principalmente por científicos de Chicago, algunos de los cuales habían estado relacionado con el desarrollo del proyecto [de la bomba atómica]. El artículo también ha pretendido satisfacer las dudas de aquella parte más bien difícil de la comunidad que se encargará de la educación de la próxima generación, es decir, educadores e historiadores (Stimson, 7 enero 1947).

En el texto Stimson argumentaba que, si bien la bomba atómica tenía un poder destructivo nunca visto, ya el propio presidente Roosevelt le había dicho que la guerra en la que estaban envueltos requería el uso de este nuevo arma. Stimson también defendía su posición de usar la bomba alegando que había sido informado de que la invasión de la isla principal de Japón, Honshu, hubiera provocado más de un millón de bajas americanas, sin contar las de las fuerzas aliadas ni las japonesas, que de ser la campaña estadounidense exitosa se contarían en millones. Otro punto que mencionaba el artículo era la negativa japonesa de aceptar la rendición incondicional rechazando el ultimátum que fue emitido tras la conferencia de Potsdam. Finalmente, el ex secretario de Guerra argumentaba que las bombas fueron lo que acabó con la guerra, sin mencionar ningún otro factor.

La popularidad alcanzada por estos artículos provocó que la visión de los hechos que defendían se extendiera por toda la sociedad estadounidense, convirtiéndose así en el discurso oficial del gobierno estadounidense de ahí en adelante.

Pero si algún estadounidense aún tenía dudas sobre el uso de la bomba, a los artículos de Compton y Stimson se le sumaría la nueva producción de Hollywood para tratar de convencer a los indecisos.

5.3 "The Beginning or The End"

A principios de 1947, poco después de la publicación del artículo de Stimson, Metro-Goldwyn-Mayer estrenaba "The Beginning or The End", un docudrama sobre el desarrollo toma de decisiones y uso de la bomba atómica. En la creación de la película participaron la Federación de Científicos Americanos, el Departamento de Guerra y la Casa Blanca (Yavenditti, 1970). Esto provocó que la película presentara la historia de una manera favorable a los políticos que aparecían en ella. Cabe destacar que el guion final fue aprobado por la Casa Blanca y el Departamento de Guerra (Smith, 1971).

Si bien la película se presentaba a sí misma como una "historia real", se tomaba múltiples libertades que acababan por provocar que el filme representara una visión de la realidad totalmente alterada a lo ocurrido originalmente. En relación con el Proyecto Manhattan los guionistas decidieron incluir dos historias románticas con personajes ficticios y combinarlos con las historias reales. Algunos de los científicos participantes se quejaron de cómo estas historias románticas acababan por silenciar las dudas que algunos miembros del equipo tuvieron sobre el uso de la bomba y como se representaba el desarrollo de las armas como una historia triunfal sobre la voluntad del pueblo americano. A la hora de tratar la decisión de lanzar la bomba la película destacaba las dudas que Truman tuvo antes de aprobar los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, mostrando al presidente estadounidense manteniendo multitud de conferencias sobre el tema y pasando noches enteras sin dormir reflexionando sobre cual decisión sería la correcta. Finalmente, el personaje de Truman aprobaba el lanzamiento de las bombas argumentando que salvaría la vida de hasta medio millón de jóvenes estadounidenses, junto a esto, el mandatario daba a entender que durante los diez días previos al ataque se soltarían folletos sobre ambas ciudades japonesas advirtiendo a los ciudadanos sobre un ataque nuclear e instando a los civiles a evacuar la ciudad. Más tarde, durante la escena del bombardeo, uno de los tripulantes del avión encargado de lanzar la bomba sobre Hiroshima exclamaba "Desde hace diez días les hemos estado lanzando folletos de advertencia. Eso son diez días más de advertencia que los que nos dieron ellos antes de Pearl Harbour".

La inclusión de los folletos de aviso en la película, algo que en la vida real no ocurrió, fue uno de los aspectos más criticados. Destacando el texto de Harrison Brown, miembro del Proyecto Manhattan, el cual describió las menciones a los folletos como "la más horrible falsificación de la historia" (Brown, 1947).

5.4 La consolidación del mito

Años después del final de la guerra numerosos líderes involucrados con las bombas atómicas comenzaron a publicar sus biografías. Tanto Truman como Stimson repitieron como el gobierno de los Estados Unidos tuvo que tomar la decisión de lanzar las bombas o comenzar una invasión total contra la isla principal de Japón, algo que costaría medio millón de vidas de estadounidenses, numerosas bajas británicas y una gran cantidad de vidas japonesas, superando las muertes por los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki (Truman, 1955). Esta conclusión, calcada al principal argumento que Stimson esbozaba años atrás en la publicación de *Harper's Magazine*, seguía sin verse reforzada por la presentación de fuentes ni explicaciones de cómo ni cuándo se llegó a calcular tales cifras, una vez más, se insinuaba que el comité creado para tomar la decisión disponía del número de bajas previsible y a partir de ahí tomó una decisión.

A Stimson y Truman pronto se sumaría Churchill con su propia autobiografía. En ella el exmandatario británico describió la masacre que él se imaginaba que hubiera ocurrido en el caso de no usar las dos bombas atómicas.

Tenía en mente el espectáculo de la isla de Okinawa, donde muchos miles de japoneses, en lugar de rendirse, se habían formado en fila y se habían destruido con granadas de mano después de que sus líderes hubieran realizado solemnemente el rito del hara-kiri. Para sofocar la resistencia japonesa [...] bien podría requerir la pérdida de un millón de vidas estadounidenses y la mitad de ese número de británicas [...] Ahora toda esta imagen de pesadilla se había desvanecido. En su lugar estaba la visión -por cierto, hermosa y brillante- del fin de toda la guerra en uno o dos choques violentos... Para evitar una carnicería vasta e indefinida, para poner fin a la guerra, para traer la paz al mundo, para poner manos curativas sobre sus pueblos torturados mediante una manifestación de poder abrumador al costo de unas pocas explosiones, parecía, después de todos nuestros esfuerzos y peligros, un milagro de liberación (Churchill, 1953 pp. 638-639).

Los tres políticos presentaban las bombas como la única alternativa a una gran invasión costosa en vidas humanas, pero ninguno de ellos aportaba pruebas que apoyaran esta teoría. En su artículo de 1947, Stimson confió que su premisa sería aceptada por el pueblo estadounidense sin dudar, y así fue, a pesar de presentar numerosos defectos. Que tras años de lo ocurrido ninguno de los políticos cambiara ni un punto de lo escrito por el secretario de Guerra en su artículo y tampoco presentara ninguna fuente o prueba que reforzara su discurso no es más que la muestra perfecta de cómo el gobierno estadounidense consiguió imponer su narrativa pese a todo el descontento social nacido a raíz del artículo de John Hersey.

Los artículos de Compton y Stimson, “The Beginning or the End”, y posteriormente las autobiografías de diversos líderes políticos no deberían verse como un contraataque a Hersey. Su intención no era acallar cualquier tipo de crítica nacida del sentimiento de culpa que se pudiera haber desarrollado en el seno de la sociedad norteamericana tras la publicación de

“Hiroshima”. Pese a que pudieran tener este efecto de manera parcial, los artículos, la película y las biografías no apuntaban a rebatir al periodista del *The New Yorker*. Todo indica que su objetivo era confirmar lo que muchos estadounidenses querían creer sobre el Proyecto Manhattan y el uso de la bomba: que aquellos que trabajaron y tomaron las decisiones alrededor de este nuevo arma eran humanos, responsables y conscientes de las consecuencias que sus acciones podían traer. Su propósito era tranquilizar la conciencia del público y mostrarles que sus líderes aprobaron lanzar la bomba después de múltiples reuniones examinando todas las alternativas posibles. De esta manera, cualquier estadounidense podía leer a Hersey y empatizar con las víctimas sin que esto despertara un profundo arrepentimiento o indignación. Sentimientos que les forzarían a buscar culpables entre los científicos o las elites políticas. La bomba había acabado con la guerra y traído a millones de jóvenes de vuelta a casa, y a falta de pruebas que demostraran lo contrario, pocos americanos estaban dispuestos a revertir su apoyo inicial a los bombardeos

6. CONTRADICCIÓN ENTRE NARRATIVAS

Como ya hemos visto, tras la guerra los líderes aliados justificaron el uso de las bombas atómicas argumentando que era la única manera de conseguir que Japón se rindiera sin que hubiera un baño de sangre a causa de una invasión terrestre que, a la larga, acabaría causando muchos más muertos. Este razonamiento parte de la idea de que Japón se rindió solamente a causa de las bombas, y que de no haberse rendido hubiéramos visto un asalto aliado sobre las costas niponas ¿Pero fue esto así?

6.1 La rendición japonesa y las bombas

Tras examinar el funcionamiento y las distintas facciones del gobierno japonés podemos determinar que para que Japón aceptara una rendición se debían cumplir tres condiciones:

- Una derrota militar segura:

La primera condición era estar en una situación militar desesperada, sin ninguna posibilidad de ganar la guerra y ser conscientes de ello. Para analizar el estado del ejército japonés corresponde utilizar el *United States Strategic Bombing Survey* (USSBS), un informe creado por el gobierno estadounidense en 1945 para determinar los efectos que los bombardeos estratégicos habían tenido en la Alemania Nazi y el Imperio Japonés.

Según el USSBS para mediados de 1945 la situación de la fuerza aérea japonesa era desesperada, no disponían de suficientes cazas, bombarderos, combustible, materiales para construir nuevos aviones ni pilotos entrenados. Para comienzos de la guerra un piloto japonés tenía de media entre 500 y 650 horas de vuelo de entrenamiento antes de entrar en combate, cuatro años más tarde la media se situaba sobre las 100 horas, 500 horas menos que sus enemigos estadounidenses. Por esta razón la aviación japonesa decidió adoptar la técnica Kamikaze, pilotos con poco entrenamiento que lanzaban ataques suicidas contra barcos enemigos. Desde la aprobación de estos ataques en octubre de 1944, hasta el final de la campaña de Okinawa a finales de junio de 1945, Japón había incurrido en más 2550 ataques suicidas de los cuales solo 475, el 18,6%, lograron impactar directamente o lo suficientemente cerca como para dañar las naves estadounidenses de alguna manera.

En el mar la situación de la armada imperial no era mucho mejor. La flota de la armada era prácticamente inexistente, todos sus portaaviones habían sido hundidos o incapacitados, cientos de buques de guerra habían sido destruidos y tras la liberación

de las Filipinas y la captura de Okinawa por los Estados Unidos, todas las importaciones de petróleo y otros combustibles se habían paralizado. A causa de esto los pocos acorazados que Japón aún conservaba habían sido desmantelados o inmovilizados en puertos para ser usados como armas antiaéreas estacionarias. En palabras del propio USSBS, a excepción de pequeñas embarcaciones costeras que incurrieran en ataques suicidas “la armada japonesa había dejado de existir”.

Debido al colapso de las fuerzas armadas niponas tanto en el aire como en el mar, la armada estadounidense estableció un bloqueo naval alrededor de Japón que fue devastador para la economía del país. Casi toda su flota mercante fue cazada por submarinos estadounidenses, provocando que las importaciones de recursos vitales como el carbón, el petróleo, el caucho y diversos minerales cesarán. Esto provocó que multitud de puertos, tales como el de Hiroshima, dejaran de operar.

Además, el bloqueo también desencadenó una serie de problemas en la cadena de mando del ejército japonés, dejando a multitud de tropas terrestres aisladas en diversos lugares de Asia sin la posibilidad de comunicarse, reabastecerse o desplegarse.

Finalmente, al estado de sus fuerzas armadas se le sumaban los constantes bombardeos por parte de la fuerza aérea estadounidense, los “aviones estadounidenses surcaban los cielos sin ninguna oposición aérea o antiaérea efectiva japonesa.”

- Aislamiento diplomático:

La segunda condición era sufrir un aislamiento internacional total. Desde que la Unión Soviética firmó el pacto secreto prometiendo una declaración de guerra contra Japón durante la conferencia de Yalta, el gobierno japonés ya estaba en una situación irremediable. Pero durante mucho tiempo no fueron conscientes de esto, esperaron una mediación soviética que les permitiera demandar diversas condiciones a los Estados Unidos para firmar una rendición. Pese a las constantes advertencias de su embajador en la URSS de que esto no iba a ocurrir, la cúpula de gobierno japonesa decidió ignorar los avisos del diplomático y confiar en su plan con la esperanza de que Stalin les escuchara. Esperanzas que se desvanecieron cuando el 8 de agosto de 1945 la Unión Soviética le declaró la guerra a Japón.

- Garantías de que la institución imperial no sería abolida:

Este es probablemente el punto más importante de la lista, debido no solo a que era la demanda en el que coincidían ambas facciones del Consejo de Guerra a causa de la importancia que sostenía el emperador en la sociedad japonesa, sino también porque fue el emperador quien rompió el bloqueo del consejo y aceptó la rendición.

Tras observar las condiciones necesarias para que Japón se rindiera todo indica que las bombas no jugaron un papel decisivo en la decisión del gobierno japonés. Siendo la causa principal de la rendición la declaración de guerra soviética.

Japón ya estaba derrotado militarmente desde hacía meses y los mandatarios nipones sabían que no podían hacer frente al ejército estadounidense. Si parte del consejo esperaba una invasión terrestre no era con la intención de intentar derrotar a los americanos en casa. Su esperanza era que la guerra se alargara tanto y fuera tan costosa, que el gobierno de EEUU se viera obligado a buscar una salida del conflicto negociando con Japón, que aprovecharía para imponer sus condiciones. Las bombas eran algo secundario, la guerra ya estaba perdida antes de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki y la destrucción de estas dos ciudades no hizo que los militaristas del consejo cambiaran de opinión. En palabras de Toyoda Soemu ya citadas anteriormente “la situación no había llegado a un punto en el cual una bomba atómica fuese a obligarnos a discutir la posibilidad de terminar la guerra”. Lo que sí provocó la bomba fue que los dirigentes japoneses presionaran aún más a la URSS para que actuara como mediadora.

La Unión Soviética, tras el bombardeo de Hiroshima del 6 de agosto, vio probable que el Imperio Japonés se rindiera. Por ello decidieron adelantar la entrada en el conflicto, declarándole la guerra a Japón el 8 de agosto en vez del 15 tal y como Stalin le había prometido a Truman. Cuando esto ocurrió, el consejo japonés quedó en shock, su última esperanza de buscar una salida diplomática a la guerra les acababa de atacar.

Al día siguiente, tras horas de debate del consejo supremo que no llevaban a ningún lugar y ser golpeados por una segunda bomba atómica, el emperador Hirohito decidió intervenir y abogar por la aceptación de los términos de Potsdam con la condición de que él estuviera a salvo. Aun así, no debemos pensar que Hirohito aceptó la rendición para evitar que más ciudades fueran arrasadas. Para él la destrucción de estas dos ciudades era irrelevante: decenas de ciudades más importantes habían sido devastadas provocando aún más muertes de las que habían provocado las bombas atómicas. El monarca japonés sólo vio la rendición como una opción cuando los Estados Unidos le dejaron claro que estaba fuera de todo peligro y le iban a dejar mantenerse en el poder. Los bombardeos atómicos no hicieron que Hirohito quisiera rendirse.

Además, la Unión Soviética suponía una amenaza mayor para el *statu quo* del Imperio Japonés. En su informe de febrero de 1945, el príncipe Konoé instaba a Hirohito a rendirse a los estadounidenses, argumentando que seguir con la guerra significaba poner a Japón en riesgo

de sufrir una revolución comunista. Konoe citaba elementos como Sanzo Nosaka, líder del Partido Comunista Japonés en el exilio, el expansionismo soviético y los elementos prosoviéticos en la sociedad japonesa como amenazas para la clase dominante nipona en el caso de que la URSS les declarara la guerra.

Por lo tanto, todo indica que las bombas no provocaron la rendición japonesa y la entrada de la URSS en el conflicto fue lo que empujó al gobierno japonés a rendirse. La declaración de guerra soviética hizo que Japón abandonara toda esperanza de una mediación con Estados Unidos y acabó por convencer a los miembros del consejo y al emperador de aceptar la rendición. Aun así, podríamos argumentar que, si bien no fueron una de las causas directas del final de la guerra tal y como defiende el discurso estadounidense, sí que indirectamente contribuyeron a su final adelantando la declaración de guerra soviética. Finalmente, tras el análisis de la situación del gobierno japonés y sus demandas, podemos concluir que de saber que el emperador estaba a salvo es muy probable que los japoneses hubieran aceptado la rendición mucho antes, acortando así la guerra antes de que el uso de las bombas fuera necesario. En palabras del secretario de guerra estadounidense Henry Stimson: “Es posible, [...] que una muestra más clara y temprana de la voluntad americana de mantener al emperador hubiera producido un final más temprano de la guerra” (Stimson, 1947).

6.1.1 El discurso japonés y la posguerra

Tras la guerra, el discurso promovido por los Estados Unidos también fue útil para la clase dominante japonesa. La bomba permitió al gobierno japonés presentar la rendición como el producto de haber sido golpeados por un arma contra la que no se podía luchar. Esto evitaba que la población percibiera la derrota como algo humillante y daba al emperador y los militares la oportunidad de salvar su imagen argumentando que no había nada que pudieran haber hecho para ganar la guerra. En palabras del jefe de gabinete Hisatsune Sakomizu:

Había llegado la oportunidad de poner fin a la guerra. No era necesario culpar al bando militar, a los fabricantes [sic] ni a nadie más: sólo a la bomba atómica. Fue una buena excusa. Alguien dijo que la bomba fue el kamikaze que salvó a Japón (Sakomizu, 1946).

Además, durante el discurso de rendición Hirohito describía las bombas como las armas más crueles hasta la fecha y con un poder destructivo incalculable. Y que de no rendirse “no solo resultaría en el total colapso y destrucción de la nación japonesa, también llevaría a la extinción de la civilización humana”. Con esta conclusión, las autoridades niponas crearon el discurso en el que se iba a basar el Japón moderno. Dicho discurso presentaba al país como una víctima de la Segunda Guerra Mundial y permitía ignorar todos los crímenes cometidos por el Imperio japonés en Asia, los cuales quedaban en segundo plano al compararlos con sufrir dos bombardeos atómicos. Estas ideas basadas en el victimismo siguen presentes hoy en día, siendo el pilar de la identidad nacional japonesa actual.

6.2 La invasión estadounidense y el discurso oficial

Pero si lo que causó la rendición japonesa fue la declaración de guerra soviética y las bombas no jugaron un papel decisivo, eso nos lleva a la conclusión que, de no haber sido atacados por la URSS, es muy probable que Japón no se hubiera rendido.

En este caso, los militares japoneses contaban con que los Estados Unidos, pese a haber impuesto un bloqueo naval catastrófico para una economía japonesa al borde del colapso, y tener una superioridad aérea que permitía bombardear todos los rincones de Japón sin ningún tipo de oposición, lanzarían una invasión terrestre a sabiendas de que podría costar miles de vidas y de qué era esto lo que el Imperio Japonés quería. Teniendo esto en cuenta, cabe preguntarnos por qué iba el ejército americano a desembarcar en las costas de las islas japonesas con el gran coste que conllevaría y si, tal y como la cúpula política estadounidense había dicho, la única alternativa a las bombas era una invasión del Japón continental.

Lo cierto es que, cuando las bombas fueron lanzadas, la invasión de Japón estaba descartada. Ya antes de tener la bomba atómica, lanzar un ataque a gran escala sobre Japón era solo una de las múltiples opciones que se planteaba el gobierno estadounidense. Así lo muestra Truman en su diario: “Tengo que decidir la estrategia japonesa: ¿invadimos el Japón propiamente dicho o bombardeamos y bloqueamos? Esa es mi decisión más difícil hasta la fecha. Pero lo haré cuando tenga todos los hechos” (Truman, 1945). Esta entrada de su diario datada del 17 de junio de 1945 describe la invasión como una opción, no algo que vaya a suceder. Truman ve como posible salida a la guerra mantener el bloqueo naval y los bombardeos sobre territorio japonés. También cabe destacar el contexto en el que se escriben estas palabras. El 17 de junio, los Estados Unidos han sido duramente golpeados en las batallas de Iwo Jima y Okinawa, sufriendo miles de bajas más de las que se esperaban. A causa de la fuerte resistencia japonesa que se estaban encontrando, y siendo conscientes de que la situación sería aún peor en caso de invadir la isla principal de Japón, el plan de desembarcar pasó a un segundo plano.

Además, cuando Truman escribe esto debemos tener en cuenta que EEUU aún no tiene la bomba, la prueba Trinity se haría un mes más tarde y acabaría por descartar totalmente el plan de la invasión. En sus memorias, el entonces expresidente estadounidense escribía “consideré la bomba como un arma y nunca tuve ninguna duda de que debiera usarse” (Truman, 1956 p. 419). Esto nos muestra cómo, una vez obtenida la bomba, Truman estaba decidido a lanzarla descartando ya no solo la invasión, sino también todas las demás opciones.

Pero argumentar que la bomba se lanzó para salvar más de un millón de vidas salvando así a mucha más gente de la que había matado, tal y como hacía Stimson en su artículo, creaba una justificación fácil de entender y permitía empatizar con aquellos que tomaron la decisión. Sin embargo, el secretario de guerra no daba ninguna fuente sobre quien le había informado del número de bajas que se producirían en caso de una invasión de la principal isla japonesa ni de cómo se habían calculado tales cifras. A su vez, el antiguo secretario de Guerra argumentaba

que la decisión de usar las bombas se tomó después de que Japón se negara a aceptar la rendición incondicional que se le demandaba en la resolución de la conferencia de Potsdam. Pero la declaración de Potsdam fue emitida el 26 de julio y la aprobación del uso de las bombas fue redactada el 23 de julio por el General Leslie Groves, firmada el 24 por Stimson y entregada a Carl Spaatz, comandante de la fuerza aérea estadounidense, el 25.

También cabe destacar que todo el discurso estadounidense, nacido en gran parte del artículo de Stimson, parte de una idea profundamente racista. La idea de la irracionalidad y fanatismo japoneses. La narrativa oficial describe a los líderes nipones como gente irracional cegados por el nacionalismo, que se niegan a negociar pese a estar todo perdido. Pero si algo quería hacer el gobierno japonés era negociar, eran los Estados Unidos los que desoían todos los intentos japoneses de buscar una salida a la guerra y exigían una rendición incondicional. El 2 de julio de 1945 el propio Stimson escribió a Truman: “Creo que Japón es susceptible de entrar en razón en mucha mayor medida de lo que indica nuestra prensa. Japón no es una nación compuesta en su totalidad por fanáticos de una mentalidad totalmente diferente a la nuestra.” (Stimson, 2 julio 1947) y dos semanas más tarde, Stalin informaría a la delegación estadounidense en Potsdam sobre la voluntad japonesa de rendirse y el envío de la misión diplomática liderada por Konoe. Los argumentos que intentan justificar el bombardeo atómico alegando la irracionalidad japonesa son profundamente falsos, y no dejan de estar basados en una caricatura racista tanto de las acciones del gobierno nipón, como de todo el pueblo japonés.

Algo que también podemos distinguir en el discurso oficial es la rehabilitación de la figura de Hirohito, que a partir de entonces sería un aliado occidental. Tras la guerra, los Estados Unidos debían buscar una manera de cambiar la opinión pública sobre el emperador. Para ello se decidió blanquear la figura del monarca japonés mostrándolo como la voz de la razón dentro del gobierno del Imperio. Se hizo referencia a como la rendición solo había sido aceptada tras pronunciarse Hirohito. Al no ser común que el emperador se pronunciara tan directamente sobre las decisiones del consejo, se presentó su intervención como algo valiente y heroico.

Esta versión fue reforzada en los juicios de Tokio. Cuando ni siquiera llegó a sentarse en el tribunal y fue descrito como un rehén del consejo supremo que no tenía ni voz ni voto en las acciones japonesas a lo largo de la guerra pese haber sido una figura clave en el ataque a Pearl Harbor. MacArthur era el responsable de evitar que el emperador se sentara en el banquillo de los acusados y “estaba trabajando para que la responsabilidad de Pearl Harbor fuera atribuida a Tojo” (Bix, 2001).

El objetivo de esta rehabilitación no era solo cumplir con lo prometido a los japoneses para que así aceptaran la rendición. Sino también preparar a la opinión pública para que en un futuro próximo pudiera considerar a Hirohito como un aliado de los Estados Unidos contra el comunismo en Asia. El nuevo rol del emperador.

6.3 Una opción diferente

Además de preguntarnos si las bombas atómicas fueron necesarias para finalizar la guerra, también debemos preguntarnos si fue necesario utilizarlas de la manera en la que fueron utilizadas.

En 1945 un grupo de científicos del proyecto Manhattan enviaron una carta a Harry Truman avisando de que el uso de las bombas atómicas como arma de guerra podía llevar a una carrera armamentista global. En dicho mensaje, ignorado por el presidente estadounidense, los científicos aconsejaban “hacer una demostración de la nueva arma ante los ojos de los representantes de todas las Naciones Unidas, en el desierto o en una isla desértica”

Tras analizar la rendición de Japón y las razones que llevaron a sus políticos a tomarla, todo indica que los efectos de la bomba, siendo estos adelantar el ataque soviético y dar una excusa a los líderes japoneses frente a su población, no se debieron a su uso sobre ciudades, sino a su existencia. Es decir, si los Estados Unidos en vez de lanzar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki las hubieran detonado en el desierto frente a representantes de las Naciones Unidas, tal y como defendían los científicos, para después enviar un aviso a Japón, el resultado hubiera sido el mismo. Previsiblemente la URSS reaccionaría declarando la guerra al Imperio japonés días antes de lo planeado, provocando la rendición de Japón, entonces el gobierno podría excusarse con la nueva arma estadounidense, y en el caso de que Japón no se rindiera, los Estados Unidos podrían seguir adelante con el bombardeo de las dos ciudades. De seguir Truman el consejo de los científicos, lo más probable es que la Segunda Guerra Mundial hubiese terminado de la misma manera, pero sin la destrucción de dos ciudades llenas de civiles.

CONCLUSIONES

A mediados de 1945 Japón era consciente de que no podía ganar la guerra. El gobierno japonés quería rendirse, pero no podía aceptar la rendición incondicional que le imponía Estados Unidos a causa del peligro al que se estaría exponiendo el emperador Hirohito. Querían acabar con el conflicto, sí, pero no si para ello tenían que condenar al emperador, el máximo exponente de la identidad nacional japonesa.

Por ello, cada una de las dos facciones del gobierno japonés ideó un plan: La facción pacifista contaba con convencer a la Unión Soviética para mediar entre ellos y los Estados Unidos, pudiendo así negociar blindar la figura del emperador. Por otro lado, la facción militarista sostenía alargar la guerra todo lo posible, forzando al ejército estadounidense a invadir la principal isla del país. Una vez las tropas americanas desembarcaran, el plan era desgastar tanto a las fuerzas invasoras que su gobierno accediera a negociar un fin del conflicto y a ceder antes las condiciones del gobierno nipón.

A su vez, los Estados Unidos buscaban involucrar a Stalin en la guerra del Pacífico para acabar con el Imperio Japonés. Pero cuando, tras años de desarrollo, los americanos obtuvieron la bomba atómica, los objetivos del presidente Harry Truman cambiaron. La entrada soviética en el conflicto debía ser evitada a toda costa, la amenaza que suponía una expansión comunista por Asia era muy grande. Por ello, el gobierno estadounidense decidió usar su nueva arma sobre dos ciudades japonesas con la esperanza de que estos ataques forzarían al gobierno japonés a aceptar la rendición antes de la declaración de guerra soviética.

El bombardeo mató a 200 mil personas, pero eso no hizo que el gobierno japonés quisiera rendirse. Los políticos nipones solo aceptaron la rendición cuando la declaración de guerra soviética acabó con todas sus esperanzas de buscar una salida mediada del conflicto y supieron que los Estados Unidos no tocarían al emperador.

Inicialmente, la sociedad estadounidense reaccionó positivamente al uso de las bombas. El fin de la guerra poco después de su uso, el racismo contra los japoneses o el desconocimiento de que era una bomba atómica provocaron que las bombas fueran vistas de manera positiva.

Pero un artículo publicado en la revista *New Yorker* un año después de los ataques nucleares cambió la perspectiva sobre lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki. Al retratar a las víctimas junto a sus historias, John Hersey, el autor de la publicación, consiguió que los norteamericanos entendieran el efecto de las bombas y empatizaran con los supervivientes. La simpatía generada por el artículo provocó que parte del público dudara de las decisiones tomadas por su gobierno y empezara a buscar responsables.

Para acallar las críticas distintos miembros del gobierno estadounidense durante la guerra decidieron publicar artículos justificando el uso de las bombas. Estos artículos sentaron las bases del discurso estadounidense actual, el cual defiende que la única alternativa a las bombas

hubiera sido una invasión que hubiera supuesto la muerte de millones de estadounidenses. Esta narrativa también era beneficiosa para Estados Unidos debido a que blanqueaba al emperador japonés, su nuevo aliado en Asia, presentándolo como alguien sensato que, al aceptar la rendición, desafió a los militaristas que controlaban el país.

Al discurso estadounidense se le sumaría el creado por el Japón de la posguerra, que veía en atribuir la derrota solamente a la bomba, una manera de excusar sus fracasos militares frente a la población. Además, los ataques de Hiroshima y Nagasaki permitían presentar al país como la gran víctima de la Segunda Guerra Mundial en Asia, restando importancia a los crímenes cometidos por el Imperio Japonés en sus colonias. Creando así la nueva identidad nacional del Japón moderno, construida alrededor del victimismo y la negación de sus crímenes del pasado.

En conclusión, tras el análisis de diversas fuentes a lo largo del trabajo, todo indica que las bombas atómicas no fueron necesarias. El gobierno estadounidense lanzó dos ataques nucleares contra población civil con la esperanza forzar una rendición japonesa antes de la entrada soviética en el conflicto, pero las bombas tuvieron el efecto contrario adelantando la declaración de guerra de la URSS, lo que sí convenció a los líderes de Japón de aceptar la rendición. No sin antes asegurarse de que Hirohito estaba a salvo. No obstante, el hecho de que los políticos japoneses viviesen inmersos en su propia realidad, en la cual creían tener opciones de que la Unión Soviética accediese a mediar por ellos, no exime de culpa a los líderes occidentales por no clarificar sus intenciones respecto a mantener al emperador. Hecho que pudiera haber acabado con la guerra mucho antes.

Un año más tarde cuando sus acciones llegaron a los oídos sus ciudadanos y el descontento social iba en aumento, el gobierno estadounidense decidió inventar la narrativa de la invasión, la cual sería el pilar del discurso estadounidense de ahí en adelante. No es difícil entender por qué esta justificación se hizo tan popular, es simple, plausible, fácil de entender y permite empatizar con aquellos que tomaron la decisión. Pero esta narrativa también era fácil de aceptar, porque si la ponemos en duda, tenemos que lidiar con la posibilidad de que los Estados Unidos destruyeron dos ciudades llenas de civiles sin ninguna razón.

BIBLIOGRAFÍA

- Alperovitz, G. (1995). *The decision to use the atomic bomb and the architecture of an American myth* (p. 445). A. A. Knopf.
- Bix, H. (2001). *Hirohito and the making of modern Japan*. HarperCollins.
- Brown, H. (1947, March). The beginning or the end: A review. *Bulletin of the Atomic Scientists*, 3(3), p. 99.
- Byrnes, J. F. (1958). Speaking frankly (pp. 207-208). Harper & Brothers.
- Churchill, W. S. (1953). *The second world war* (Vol. 6, pp. 638–639). Houghton Mifflin.
- Compton, K. T. (1946, December). If the atomic bomb had not been used. *The Atlantic Monthly*, 178(6), pp. 54–56.
- Eisenhower, D. (1963). *Mandate for change: The White House years*. Doubleday
- Ferrell, R. H. (Ed.). (1980). *Off the record: The private papers of Harry S. Truman* (p. 53). Doubleday.
- Freeman, R. (2005). *Was the atomic bombing of Japan necessary?* Common Dreams.
- Grew, J. (1953). *Turbulent era* (Vol. 2, W. Johnson, Ed.). Hammond, Hammond & Co. p. 1429.
- Ham, P. (2014). *Hiroshima Nagasaki: The real story of the atomic bombings and their aftermath*. Thomas Dunne Books
- Hasegawa, T. (2005). *Racing the enemy: Stalin, Truman, and the surrender of Japan*. Harvard University Press. pp125-214
- Hopkins, G. E. (1966). *Bombing and the American conscience during World War II*. *Historian*, 28(3), pp 451–473.
- Joseph Luft & W. M. Wheeler (1948) *Reaction to John Hersey's "Hiroshima"*, *The Journal of Social Psychology*, 28:1, pp 135-140, DOI: 10.1080/00224545.1948.9921761
- Konoe F.(1945 February 14). "*Konoe Memorial*". University of Texas at Austin.
https://laits.utexas.edu/~mr56267/HIST_341_materials/Pages/Konoe_Memorial.html
- Leahy, W. D. (1950). *I was there* (p. 441). Whittlesey House.
- Lume, L. M. M. (2020). *Fallout: The Hiroshima cover-up and the reporter who revealed it to the world* (First Simon & Schuster hardcover ed.). Simon & Schuster.
- Morgan, Z. (1946). *The responsibility of the church in the atomic age* [Manuscript]. Paul S. Henshaw Papers, Box I, University of Box I, Paul S. Henshaw Papers (University of Chicago)
- Sakomizu, H. (11 diciembre 1946) *Interrogación No. 609*. U.S. Strategic Bombing Survey
https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/c/c2/NDL4012781_Political_activities_Leading_up_to_the_Peace%2C_Serial_No._609._Report_No._2-t%2C_USSBS_Index_Section_8.pdf
- Seversky, A. P. (1946). *Atomic bomb hysteria*. *Reader's Digest*, 48(2), pp 121–126

- Shimizu Ryotaro (2022). *Japan's Surrender and U.S. Intelligence Services: The Clandestine Struggle over the Yalta Secret Agreement*. War and Information in History
- Smith, A. (1965). *A peril and a hope: The scientists' movement in America: 1945-47*. The University of Chicago Press.
- Stimson, H (2 julio 1945) *Carta a Harry Truman*. Henry Lewis Stimson papers
- Stimson, H (7 enero 1947) *Carta a Harry Truman*. Henry Lewis Stimson papers
- Stimson, H. (July 2, 1945). *Proposed program for Japan* [Memorandum to the President]. Harry S. Truman Presidential Library.
- Stimson, H. (2 julio 1945) Foreign Relations of the United States: Diplomatic Papers, The Conference of Berlin (The Potsdam Conference), 1945, Volume I. Doc.592
- Stimson, H. (1947). *On active service in peace and war*. Harper & Brothers
- Stimson, H. (August 15, 1960). *We were anxious to get the war over*. U.S. News and World Report, 49(7), 66.
- The Gallup Poll: (29 junio, 1945). *U.S. public split on Hirohito, many advocate his execution*. *The Washington Post*.
- Togo, S (July 12, 1945) el ministro de Asuntos Exteriores de Japón (Togo) al Embajador de Japón en la Unión Soviética (Sato) [No. 582]. Foreign Relations of the United States: Diplomatic Papers, The Conference of Berlin (The Potsdam Conference), 1945, Volume I
- Togo, S (7 agosto 1945) El ministro de Asuntos Exteriores de Japón (Togo) al Embajador de Japón en la Unión Soviética (Sato)
- Toyoda, S. (1950). *Ayama-rareta gozenkaidgi*. *Bungei Shunju*, (1), 52–53.
- Truman, H. (June 17, 1945). *Diary entry*. Harry S. Truman Library and Museum.
<https://www.trumanlibrary.gov/library/truman-papers/longhand-notes-presidential-file-1944-1953/june-17-and-july-4-1945>
- Truman, H. S. (June 18, 1945). *Diary entry*. Harry S. Truman Library and Museum.
<https://www.trumanlibrary.gov/library/truman-papers/longhand-notes-presidential-file-1944-1953/june-18-1945>
- Truman, H. S. (10 Agosto 1945). *Diary entry*. Harry S. Truman Library and Museum.
- Truman, H. S. (16 December 1946) Letter to Karl T. Compton. *Harry S. Truman Papers*
- Truman, H. S. (1956). *Memoirs* (Vol. 1, p. 419). Doubleday
- United States Department of State. (1945). *Foreign relations of the United States: Diplomatic papers, 1945, The British Commonwealth, The Far East, Volume VI* (Document 379). U.S. Government Printing Office.
- United States Department of State. (1945). *Foreign relations of the United States: Diplomatic papers, 1945, The British Commonwealth, The Far East, Volume VI* (Document 406). U.S. Government Printing Office.

United States Department of State. (1945). *Foreign relations of the United States: Diplomatic papers, conferences at Malta and Yalta, 1945* (Document 418). U.S. Government Printing Office.

United States Department of State. (1945). *Foreign relations of the United States: Diplomatic papers, 1945, The British Commonwealth, The Far East, Volume VI* (Unnumbered Document following 710). U.S. Government Printing Office.

Wittner, L. S. (2008). *Rebels against war: The American peace movement, 1941-1960* Temple University Press (pp. 17-124).

Yavenditti, M. J (1970). *American reactions to the use of atomic bombs on Japan* University of California, Berkeley, (pp. 384–395)

Yavenditti, M. J. (1974). *The American People and the Use of Atomic Bombs On Japan: The 1940s. The Historian*, 36(2), 224–247. <http://www.jstor.org/stable/24443683>